

CUADERNOS DEL MUNTREF

MUSEO DE LA INMIGRACIÓN

#2

ISSN 2545-6946

Edgardo COZARINSKY . Paloma DULBECCO .
Ruy FARÍAS . María Valeria GALVÁN .
Emmanuel N. KAHAN . Paola MONKEVICIUS .
Pamela V. MORALES . Bárbara RAITER .
Andrés REGALSKY . Vanesa RODRIGUEZ .
Eugenia SCARZANELLA . María Inés TATO

CUADERNOS DEL MUNTREF

MUSEO DE LA INMIGRACIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO

RECTOR

Aníbal Y. Jozami

VICERRECTOR

Martín Kaufmann

SECRETARIO ACADÉMICO

Carlos Mundt

SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO

Pablo Jacovkis

SECRETARIO DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA Y BIENESTAR ESTUDIANTIL

Gabriel Asprella

AGRADECIMIENTOS

Archivo General de la Nación. Departamento de Fotografía.

#2 CUADERNOS DEL MUNTREF

MUSEO DE LA INMIGRACIÓN

Edgardo COZARINSKY . Paloma DULBECCO .

Ruy FARÍAS . María Valeria GALVÁN .

Emmanuel N. KAHAN . Paola MONKEVICIUS .

Pamela V. MORALES . Bárbara RAITER .

Andrés REGALSKY . Vanesa RODRIGUEZ .

Eugenia SCARZANELLA . María Inés TATO

SUMARIO

Presentación .7
Aníbal Y. Jozami

Introducción .8
Marcelo Huernos



Italiani malagente
Criminales y criminólogos en la Argentina de
la inmigración masiva (1880-1910) .16
Eugenia Scarzanella



Una quinta provincia austral
Emigración y exilio gallegos en la Argentina .30
Ruy Farías




Los franceses en la Argentina,
comercio, inmigración y finanzas .42
Andrés Regalsky




En busca de mi padre .54
Edgardo Cozarinsky





Somos negros, somos afrodescendientes,
acá estamos y vamos a ir para adelante
Procesos de visibilización de los afroargentinos
en el siglo XX .64
Paola Monkevicius


-  Intersección porteña: ideas preliminares sobre las migrantes de República Dominicana en la ciudad de Buenos Aires .74
Paloma Dulbecco
-


DOSSIER GUERRA Y MIGRACIONES


-  La guerra desde ultramar. La movilización de los inmigrantes de la Argentina ante la Primera Guerra Mundial .82
María Inés Tato
-

-  Las sociedades de tiro suizas e italianas en la Argentina .94
Bárbara Raiter
-

-  De París a Buenos Aires Franceses, prostitución y trata de blancas durante la Gran Guerra .108
Vanesa Rodriguez
-

-  Una comunidad de refugiados construyendo su legitimidad pública: los sobrevivientes del Holocausto en la Argentina durante la Guerra de los Seis Días .120
Emmanuel N. Kahan
-

-  La inmigración de Europa del Este en la Argentina en el marco de la campaña de repatriación soviética postestalinista (1955-1961) .132
María Valeria Galván
-

-  Refugiados en el mundo Refugio en la Argentina .144
Pamela V. Morales
-

CUADERNOS DEL MUNTREF
MUSEO DE LA INMIGRACIÓN

Presentación

Aníbal Y. Jozami

Es un orgullo para quien dirige una universidad pública como la UNTREF prologar el segundo número de estos cuadernos que con tanta dedicación promueve y dirige Marcelo Huernos.

Digo esto porque nos toca vivir momentos en los que las iniciativas que tienen que ver con la cultura y la academia mueren sin haber nacido o se frustran en muy corto tiempo. Por el contrario, la diversidad y la calidad de los autores que se han reunido en relación con esta iniciativa nos permiten favorecer su continuidad.

Este esfuerzo se encuadra en el marco de las políticas de la UNTREF de derramar activamente sobre la sociedad el fruto de la dedicación de sus docentes, investigadores y alumnos con la conciencia de que la posibilidad de desarrollo de una universidad se asienta en el trabajo de todos los habitantes del país, que contribuyen con sus impuestos a hacer posible nuestra existencia académica.

Por ello, hemos dado una gran importancia al estudio de las migraciones, que ayuda tanto a entender la conformación de nuestro país mestizo por la convivencia con los pueblos originarios y afrodescendientes cuanto a la defensa de las corrientes migratorias que hicieron y hacen grande a la Argentina y que son tantas veces denostadas.



Esbozando un mosaico cultural

Marcelo Huernos

Después de haber dedicado nuestro primer número a la inmigración italiana y española, como un modo de acompañar a la muestra *Italianos y españoles en la Argentina*, inaugurada en la sala 2 del MUNTREF Museo de la Inmigración, en la presente entrega hemos tomado otros colectivos llegados a nuestro país, tanto desde el punto de vista histórico como desde la literatura o la investigación socioantropológica. También incorporamos un dossier dedicado a guerra y migraciones, que continuará en próximos números, en el que los autores examinan casos del pasado y del presente para analizar los procesos migratorios desencadenados por las guerras, las repercusiones en este tipo de conflictos, o las problemáticas de ciudadanía y nación, entre otras.

Es una práctica corriente agitar la cuestión inmigratoria como el origen de los males de una sociedad determinada. En la Argentina de la inmigración de masas se ofrecían este tipo de explicaciones simplistas desde ciertos sectores de la política y desde los medios de comunicación. Eugenia Scarzanella nos muestra de qué manera un grupo de científicos, entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, intentó buscar explicaciones fuera del prejuicio y el estereotipo apelando a las investigaciones académicas del momento. Si bien la teoría que en ese período dominaba el estudio de la criminalidad era la escuela lombrosiana (que hoy resultaría inviable), esta tuvo el mérito de derribar la asociación entre inmigración y criminalidad apelando al método científico para resaltar que la criminalidad estaba asociada a la resultante, en ciertos individuos, de anomalías físicas y psíquicas agravadas por circunstancias específicas.

Ruy Farías nos muestra el proceso inmigratorio gallego desde los modestos orígenes, a partir de las reformas borbónicas, y cómo se fue acrecentando hasta representar una parte importante de la colo-

nia española en vísperas de la revolución. Las cadenas migratorias, presentes en la época colonial, se reactivan en el período de las migraciones masivas y colaboran con la inserción de los recién llegados. Estos se integraron en ámbitos urbanos y rurales del área pampeana, sobre todo, y ocuparon una franja muy amplia de trabajos. Desde muy temprano, el asociacionismo tuvo un rol fundamental en la vida de la colectividad. La presencia de los gallegos en la cultura, la economía, el sindicalismo y la política muestra una colectividad integrada y dinámica que dejó una honda impronta en la sociedad que la recibió.

El siguiente texto se sitúa en 1822, cuando la prensa de Buenos Aires registraba la llegada de inmigrantes franceses que irían a establecerse en una colonia agrícola en Morón. A mediados del siglo XIX, la colectividad francesa se estimaba en 12.000 personas y siguió creciendo hasta finales del siglo. Andrés Regalsky examina la imbricación entre este crecimiento y la cada vez más importante presencia de los franceses en las actividades comerciales e industriales. Los capitales galos llegados después de 1890 para proyectos ferroviarios, la construcción del puerto de Rosario o los empréstitos y la fundación del Banco Francés y del Río de la Plata, dirigido por residentes en el país, son los hitos relevantes en el análisis presentado.

Por su parte, Edgardo Cozarinsky, en un registro íntimo, muestra, en un relato sobre su padre, la lucha de los inmigrantes judíos venidos de Rusia que se asentaron en la provincia de Entre Ríos; eran las colonias del barón Hirsch, que Alberto Gerchunoff retrató en *Los gauchos judíos*. Un viaje a esa provincia se convierte en la búsqueda de respuestas a preguntas que nunca le hizo a su padre sobre su infancia en esos parajes, sobre el viaje y la lucha de las familias en la colonia y la elección de la carrera militar en la Armada, algo nada usual entre

los jóvenes judíos. La realización de un film sobre esa experiencia se transforma, de algún modo, en una reflexión acerca de lo que significa para el autor ser judío.

El discurso hegemónico sobre la identidad argentina ha puesto siempre de relieve el carácter inmigratorio europeo que portamos todos los que habitamos este país. Sin embargo, en busca de diversificar la mirada, el texto de Paola Monkevicius hace foco en la invisibilización del negro en la construcción del relato identitario. Desde el siglo XIX, las elites dirigentes han tratado de borrar cualquier elemento que no se adecuara a la idea de nación blanca que se estaba construyendo y, por lo tanto, se hacía necesario desaparecer a los afrodescendientes de ese relato. Sin embargo, a pesar de toda esta construcción discursiva, a partir de mediados de la década de 1990, y a medida que los enfoques multiculturales hacían pie en las políticas públicas, comenzaron a aparecer colectivos que reivindican sus orígenes negros planteando nuevas lecturas de nuestro pasado y nuestro presente.

Si bien los flujos migratorios hacia la Argentina son en la actualidad relativamente bajos, muchos migrantes latinoamericanos siguen prefiriendo venir a nuestro país por la facilidad para adaptarse al medio local. Paloma Dulbecco estudió el caso de las mujeres dominicanas, su inserción socioespacial en la ciudad de Buenos Aires y las políticas públicas vinculadas a la problemática de la trata de personas. Los decretos que modificaron la aplicación de la Ley 25.871 de Migraciones contribuyeron a estigmatizar a estas mujeres reproduciendo ciertos estereotipos acerca de la sexualidad de las mujeres negras y asimilando la práctica de algunas de ellas al conjunto de este colectivo social.

En el dossier *Guerra y migraciones*, la temática está vista desde diversos enfoques. María Inés Tato indaga en su artículo de qué

manera, durante la Primera Guerra Mundial, los países beligerantes trataron de influir sobre sus respectivas colectividades con diversas acciones que iban desde el reclutamiento o la imposición de listas negras de empresas con las que no se debía operar. Por otro lado, nos muestra las prácticas llevadas adelante desde las mismas colectividades tanto en su interior como dirigidas a influir sobre la opinión pública argentina.

Los caminos más conocidos para argentinizar a una población que tenía un alto porcentaje de hijos de inmigrantes fueron la educación y el servicio militar. Antes del establecimiento del servicio militar, ese rol fue ocupado por las sociedades de tiro que florecieron en nuestro país en la segunda mitad del siglo XIX. Bárbara Raiter nos muestra de qué forma instituciones vinculadas en su origen a colectividades extranjeras, sobre todo la italiana y la suiza, fueron mutando en sus objetivos y se convirtieron en auxiliares del Estado nacional. En efecto, en ese período estas instituciones fueron un pilar fundamental en la cuestión de la defensa nacional.

Teniendo en cuenta que todas las armas son posibles en una guerra, Vanesa Rodríguez analiza la propaganda que, durante la Primera Guerra Mundial, llevaron adelante los alemanes en la Argentina. Agitando el problema de la trata de blancas y el rufianismo, sindicaban a los franceses como los responsables de esas prácticas. Los agregados militares franceses tuvieron que ocuparse de este tema ya que peligraba el reclutamiento de los hijos de inmigrantes.

Avanzando sobre la segunda mitad del siglo XX, las problemáticas de la inmigración se van tiñendo con los cambios de la posguerra y el mundo bipolar. La colectividad judía de la Argentina es una de las más numerosas del mundo y por esto los conflictos de Medio Oriente

han tenido siempre un lugar importante en los medios y la opinión pública local. Emmanuel Kahan pone el foco en la guerra de los Seis Días y cómo un grupo de sobrevivientes del holocausto se posiciona e interpela a la sociedad interviniendo en la calle para atraer el foco de los medios sobre su reclamo. De este análisis surgen algunos elementos relevantes; por un lado, el desconocimiento de una porción de la población de la experiencia de estas personas y, por el otro, el relativo peso que las organizaciones de derecha antisemita tenían en esos años.

La Guerra Fría fue uno de los ejes vertebradores del mundo de la segunda posguerra y María Valeria Galván nos descubre una faceta apenas conocida de sus manifestaciones en nuestro país; los proyectos de repatriación de los países comunistas del este europeo. La inmigración de aquellas regiones no fue de las más numerosas, pero tuvo una presencia importante a través de sus asociaciones, instituciones culturales, iglesias y clubes. En la década de 1950, la Unión Soviética impulsó la creación de instituciones étnicas que simpatizaran con el comunismo para promover desde allí la repatriación de los inmigrantes apelando a una retórica que fundía el nacionalismo con un sentimiento de comunión con los antepasados.

Los sucesos que han sacudido a Oriente Medio en los últimos años han puesto en la agenda mundial el problema de los refugiados. En la medida en que los países europeos debían lidiar con esta problemática, la presencia en los medios ha sido cada vez mayor. Sin embargo, existen muchos otros solicitantes de asilo que se mueven en el mundo. Pamela Morales nos muestra el panorama del refugio en la Argentina, segundo destino de los solicitantes, que está motivado, entre otras consideraciones, por el respeto a los derechos humanos y la ley de migración sancionada en 2003.

La multiplicidad de temas y colectivos abordados en este número nos da una mejor caracterización de lo que significa el proceso migratorio, las implicaciones sociales y las estrategias que tanto los individuos como los Estados deben poner en juego para establecer los consensos sociales que permiten la construcción de una sociedad que pueda contener a todos preservando sus características distintivas.

Italiani malagente

Criminales y criminólogos en la Argentina
de la inmigración masiva (1880-1910)

Eugenia Scarzanella



Santo Godino, alias el petiso orejudo en el penal de Ushuaia, 1933. Archivo General de la Nación / Dpto. Doc. Fotográficos

En la Argentina, la percepción del inmigrante como un criminal no es un fenómeno reciente para la opinión pública. Sin embargo, buscar precedentes en la historia es difícil, casi nunca es un ejercicio útil y a veces resulta engañoso. En un contexto completamente diferente del actual, a finales del siglo XIX, la discusión política y académica sobre las causas de la criminalidad puso en el centro de las reflexiones las supuestas consecuencias negativas de la llegada de extranjeros. Pero en aquel momento, el fenómeno era totalmente distinto, se estaba produciendo la llegada masiva de personas en el marco de una política estatal favorable a la inmigración europea en el contexto de una fase de rápido crecimiento económico (aunque periódicamente interrumpido por crisis coyunturales).

En 1908 el porcentaje de extranjeros sobre el total de la población llegaba al 45% mientras que hoy los inmigrantes, casi todos provenientes de países limítrofes y de Perú, constituyen apenas el 4,5%.

En una investigación que realicé a fines de los noventa y que se publicó en la Argentina en 2002 bajo el título *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en la Argentina, 1890-1940*, analicé las paradojas de la historia de la inmigración italiana, promovida y deseada, pero en cierto momento estigmatizada como fuente de desorden social y crimen.

Presento aquí algunos de los puntos salientes de ese trabajo, al cual siguieron en la Argentina muchos otros sobre la temática, que han ofrecido nuevas interpretaciones e interesantes elementos de reflexión.

Conviene recordar los dos momentos, desde el punto de vista legislativo, entre los cuales se produce la mutación del inmigrante como factor de progreso a peligro para la sociedad: la Constitución

de 1853 y la Ley de Inmigración de Avellaneda de 1876, por un lado, y la Ley de Residencia de 1902 y la Ley de Defensa Social de 1910, por otro. En este arco de tiempo, la política, la cultura académica y la cultura popular van modificando progresivamente la valoración sobre los inmigrantes, que se va haciendo cada vez más ambivalente cuando no abiertamente hostil. Este deslizamiento se da en el contexto de la difusión en la cultura jurídica y antropológica argentina de las teorías de la escuela italiana de Lombroso y sus epígonos.

Si no es posible establecer continuidades o sacar provecho de las lecciones del pasado para proceder en el presente, entonces la historia es útil en este caso para reflexionar sobre cómo la cultura académica de fines del siglo trató de superar los estereotipos sobre el crimen proponiendo una lectura científica (claramente imposible de recrear hoy) de él y su nexo con la inmigración disipando mitos y temores.

Las teorías de Lombroso suministraban una serie de causas al comportamiento criminal atribuibles a los componentes nativos de la población argentina: atavismo para los indios e hibridación para los mestizos. Sin embargo, entre los europeos también podía encontrarse en algunos individuos el estigma de la delincuencia. Existía, después de todo, una parte de la inmigración enferma y peligrosa que podía comprometer la formación de una sana y robusta “raza argentina”. Se hallaban “escorias” en la gran masa de recién llegados que podían contaminar al país.

El interés por la criminología lombrosiana en la Argentina data de fines de la década del ochenta del siglo XIX, período en el cual el científico italiano colaboró con el diario *La Nación*. En 1898 Pietro Gori, su discípulo, inició en Buenos Aires la publicación de la revista *Criminología Moderna*. Los cultores de las teorías lombrosianas tuvieron

una tribuna en la revista *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*, que se publicó a partir de 1902 bajo la dirección de José Ingenieros. En 1907 se inauguró el Instituto de Criminología dentro de la Penitenciaría Nacional. Las nuevas teorías no quedaron confinadas dentro de los muros de la academia, al contrario, influyeron en las instituciones estatales a través del nombramiento de psiquiatras, juristas y criminólogos de la escuela lombrosiana en los cargos públicos en el ámbito sanitario, de la educación y el sistema penitenciario. En las cárceles, en los tribunales, en las instituciones psiquiátricas se difundía un saber que encaraba con nuevas categorías el problema del delito.

Entre los tantos temas afrontados por los criminólogos argentinos, el de la delincuencia urbana era central. Los “lunfardos”, componentes de una criminalidad “profesional” que se mueve del hurto a la estafa, se calculaban entre 15.000 y 20.000 individuos, una cifra imponente a la cual se agregan prostitutas, mendigos y los llamados *auxiliares del vicio y del delito* (que van de los proxenetas a los reclutadores). La *mala vida* urbana podía ser fácilmente endosada a la presencia de tantos inmigrantes que habían transformado a Buenos Aires en una Babel.

Rápidamente, ciertos grupos nacionales fueron estigmatizados por la prensa y los políticos. En lo que toca a los italianos y españoles, los principales componentes del flujo migratorio, también algunos criminólogos argentinos comenzaron a señalar la alta tasa de homicidios en el país de origen y la presencia de anarquistas escapados de Europa que venían a ejecutar hechos de sangre al Plata. Estaban también los delincuentes profesionales y los miembros del crimen organizado (como la Mano Negra), que llegaban para hacer sus negocios en la capital argentina.





José Ingenieros revisando a un paciente, 1904.
Archivo General de la Nación / Dpto. Doc. Fotográficos



La prostitución y la trata de blancas eran atribuidas a la inmigración rusa o polaca. Los estudios llevados adelante por los criminólogos sobre la realidad local desmentían la predisposición de los latinos (italianos y españoles) hacia el crimen, y las estadísticas ponían en evidencia que más bien eran los inmigrantes de los países limítrofes quienes tenían tasas de criminalidad más altas. Moyano Gacitúa, que había llevado adelante estudios en las provincias de Córdoba y Santa Fe, dejaba entender que el mayor grado de asimilación de los italianos en las áreas de colonización había contribuido a este resultado.

Más problemático aparecía el nexo entre delito y nacionalidad en el ámbito urbano. En 1914, 312.000 italianos residían en la capital y constituían el grupo más numeroso de población extranjera (41%). Entre 1882 y 1913, el porcentaje de extranjeros arrestados sobre el total osciló entre el 60 y el 70% y el de los italianos se mantuvo en una media del 31%. Pero, como mostró el criminólogo Miguel Ángel Lancelotti, las tablas estadísticas realizadas sobre los datos de la policía no tenían en cuenta la composición por edad de la población nativa y extranjera. Entre los inmigrantes, ancianos y niños (que se pueden suponer ajenos al delito) estaban muy poco representados. Lancelotti elaboró nuevas tablas en las que tomaba en consideración los arrestos sobre la población de cada grupo nacional comprendida en la franja etaria de los 15 a los 60 años. Surgía inmediatamente que las tasas de criminalidad de los extranjeros estaban al nivel de los argentinos. Las estadísticas de Lancelotti fueron retomadas por dos investigadores estadounidenses en 1982 con nuevas y minuciosas elaboraciones, que tomaron en cuenta, entre otras cosas, la tasa de masculinidad y confirmaron sus intuiciones. Los italianos en particular, sobre todo en cuanto a los delitos contra la propiedad, estaban

en último lugar. Con una larga presencia, con ingresos y ocupaciones mejores, sólidas redes comunitarias y familiares, estaban menos expuestos a la represión policial y tenían menos ocasiones de franquear los bordes de la legalidad.

Hoy podemos concluir, a partir de la comparación de estos datos, que es la situación de clase y no la condición inmigratoria o el legado de la herencia étnica lo que determina los modelos de delito urbano. Una confirmación viene del análisis de la relación entre arrestos y tipo de ocupación de los delincuentes: entre el 70 y el 98% eran jornaleros, categoría que comprende todos los tipos de trabajo precario y mal pago. Es el lumpemproletariado urbano (del 9 al 20% de la fuerza de trabajo) que está, por un lado, sometido a un rígido control por parte de las autoridades y, por otro, especialmente en los períodos de desocupación o de caída del salario real, necesitado de complementar sus ingresos con actividades ilegales.

Un testimonio de la importancia del factor social en la determinación del delito nos es suministrada por un caso de homicidio en el que se involucra a un italiano, Luis Malpeli. La descarnada autobiografía del imputado muestra los contornos de una existencia solitaria, hecha de trabajos humillantes y mal pagos o, peor aún, no pagados, de una lejanía angustiante de la familia en Italia, que se compadece con la falta de asistencia económica y moral. Malpeli no parece el prototipo del italiano violento y pasional, sino del desarraigado, del vencido (como habría dicho Ingenieros) en la lucha por la supervivencia.

Si la criminología estaba atenta a no alimentar estereotipos, no podría decirse lo mismo de la literatura, que recogía las crónicas y prestaba oídos a categorías pseudocientíficas como la del atavismo para describir personajes de italianos asesinos, estafadores o ladrones.

La prensa de inicios del siglo XX ofrecía a los lectores una crónica sensacionalista en la cual los inmigrantes eran corrientemente protagonistas de horrendos crímenes.

En mi investigación tomé tres “casos célebres” que ilustran el cruce entre ciencia y drama popular y que, en última instancia, desmienten la alarma social, gracias justamente al saber criminológico.

El primer caso es el de Cayetano Santos Godino, un joven italiano, brutal asesino de niños. Las pericias médico-psiquiátricas se encargaron de mostrar que los crímenes no eran fruto de una condición inmigratoria, de su familia que no se había ocupado de él y lo había dejado analfabeto, vagabundo, alcohólico, sino más bien de una tara biológica. El Petiso Orejudo, como se lo bautizó, era lo que Lombroso definía como un “criminal nato”, un alienado mental afectado de imbecilidad.

También en el delito cometido por un grupo de pescadores calabreses, pagados por una esposa traicionada para matar al marido, vuelve al centro de la escena el prejuicio étnico. El caso Guillot, como el anterior, es seguido de cerca por el diario de la colectividad *La Patria degli Italiani*, que rápidamente rechaza la ofensa “gratuita y maligna” al buen nombre italiano sostenida por la prensa argentina. En este caso, además del estigma del italiano violento, entra en juego el temor por la importación de la modalidad del crimen organizado peninsular (la camorra). Nuevamente la criminología lombrosiana barre del terreno las interpretaciones simplificadoras: las pericias marcan los rasgos físicos de los componentes de la banda de los calabreses, criminales natos de aspecto simiesco, de “nariz criminal”, “boca cruel”. También la instigadora del delito, Carmen Guillot, uruguaya, es descrita con trazos anómalos: “profundas arrugas” surcan su rostro, un caso clínico, no el exponente de una nacionalidad inclinada al delito.

El tercer caso es el del albañil italiano Juan Mandrini, que atentó contra el presidente Victorino de la Plaza como protesta por la condena a la pena de muerte de los calabreses del caso Guillot. Aquí el estereotipo étnico no solo queda desmentido por la teoría lombrosiana, sino que se vuelca en un concienzudo análisis que hace del criminal político la antítesis del criminal nato. Para Lombroso, que había escrito con Laschi en 1890 un ensayo sobre el delito político, estos reos eran juzgados como movidos por un “exceso de honestidad”, por un altruismo exagerado. Pietro Gori, criminólogo y anarquista al mismo tiempo, se lanzó a justificar el magnicidio, amparado por el juicio del mismo Lombroso, para quien los criminales políticos “ven, tal vez inspirados por las pasiones, los defectos de los Gobiernos que nos rigen, justamente mejor que la media de los honestos”. Esta tesis no pudo convencer a los legisladores argentinos que presentaron la Ley de Defensa Social justamente contra el terrorismo anarquista que se consideraba “de importación”.

En los tres casos analizados, como en muchos otros, las pericias criminológicas raramente reflejaban los prejuicios y estereotipos de la época sobre la inmigración como fuente primaria de desorden y violencia. La indicación metodológica de la escuela lombrosiana de mover la atención del delito al delincuente producía el efecto de volver a conducir cada proceso dentro de los límites de una historia individual. Para los criminólogos, Santos Godino, los calabreses del caso Guillot o Juan Mandrini no son casos ejemplares de una enfermedad social, sino productos de anomalías físicas y psíquicas, agravadas por circunstancias específicas. Está claro que tal planteo, tal fe en la biología determinista pone en segundo plano los factores sociales del delito (como pondrá en evidencia la crítica a Lombroso de la escuela



francesa de criminología de Tarde y Lacassagne). La criminología italiana no tuvo éxito en ser estímulo al reformismo social, y ni siquiera pudo servir como justificación para la legislación represiva que castigaba los efectos no deseados de la inmigración.

La antropología criminal creó ciertos estereotipos (que hoy nos parecen grotescos). Inventó nuevas categorías del sentido común: el criminal nato, el *mattoide*. En una ciudad de extranjeros, como era la capital argentina de aquel momento, muchas veces violenta y miserable, estos estereotipos conviven y a veces contrastan con aquel igualmente arraigado e injustificado del inmigrante como malhechor.



Penitenciaría Nacional de Av. Las Heras, 1923.
Archivo General de la Nación / Dpto. Doc. Fotográficos

Bibliografía

- CAIMARI, Lila (2004). *Apenas un delincuente: crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- DOVIO, Mariana (2013). "El Instituto de Criminología y la 'mala vida' entre 1907 y 1913". *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 4, pp. 93-117.
- García Ferrari, Mercedes (2014). "El rol de Juan Vucetich en el surgimiento transnacional de tecnologías de identificación biométricas a principios del siglo XX". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux mondes mondes nouveaux. Novo Mundo Mundos Novos. New world New worlds*.
- GAYOL, Sandra y KESSLER, Gabriel (comps.) (2010). *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*. Buenos Aires: Manantial.
- GUY, Donna (1994). *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires. 1875-1955*. Buenos Aires: Sudamericana.
- PEREIRA, Andrés, (2016). "La relación entre seguridad e inmigración durante las primeras décadas del siglo XX en Argentina". *Polis* [online], vol. 15, nº 44, pp. 39-56. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682016000200003>
- PIAZZI, Carolina A. (2012). "Nuevas lecturas en torno al positivismo criminológico argentino". *Revista de Historia del Derecho*, 44, pp. 215-225.
- SALVATORE, Ricardo (2010). *Subalternos, derecho y justicia penal. Ensayos de historia social y cultural argentina, 1829-1940*. Buenos Aires: Gedisa.
- SOZZO, Máximo (comp.) (2009). *Historias de la cuestión criminal en la Argentina*. Buenos Aires: Editores del Puerto.

Una quinta provincia austral
Emigración y exilio gallego en la Argentina

Ruy Farías



La emigración es el fenómeno histórico más decisivo de la historia contemporánea de Galicia. Sin ella, y en particular la que tuvo por destino la Argentina, la realidad de aquel viejo solar del noroeste ibérico de los últimos 170 años sería incomprensible. En el gran esfuerzo colectivo que supuso la modernización de su estructura agraria, impulso industrializador, expansión urbana, cambios en la composición social e iniciativas culturales, el hecho migratorio estuvo presente de modo permanente. Sin embargo, tampoco nuestro país (y en particular Buenos Aires y su periferia) se entiende cabalmente sin la presencia gallega.

La Argentina ha sido históricamente el principal destino de la emigración ultramarina originada en Galicia. Entre 1857 y 1960 arribaron a la orilla occidental del Río de la Plata alrededor de 1.110.000 gallegos, de los cuales unos 610.000 se asentaron definitivamente en el país. Sin embargo, esa presencia numéricamente masiva es un fenómeno bastante reciente. Los gallegos estuvieron prácticamente ausentes en los viajes colombinos y en las primeras labores de exploración, conquista y evangelización del Nuevo Mundo, y su presencia en el imperio español americano fue exigua durante toda la época colonial. Pero debido a las relevantes modificaciones que la corona introdujo en la organización de sus dominios coloniales a lo largo del siglo XVIII (las llamadas “Reformas borbónicas”), durante el último cuarto de la centuria se hizo visible en el área rioplatense un número modesto pero creciente de individuos (generalmente varones) procedentes de Galicia. Aunque algunos de ellos estaban vinculados a las instituciones imperiales (militares, funcionarios, eclesiásticos, etcétera), la mayoría se dedicó a actividades privadas (mercaderes, empleados, artesanos, peones y sirvientes). Es probable que a comienzos del siglo

XIX el galaico fuese ya el principal grupo ibérico del área rioplatense, numéricamente hablando. Y, desde luego, esa era la situación en Buenos Aires para 1810, cuando constituían entre un 30 y un 40% de los españoles-europeos residentes en la ciudad.

El comienzo del proceso independentista rioplatense afectó negativamente los flujos migratorios entre la península ibérica y el territorio de lo que hoy es la Argentina. Empero, las “cadenas migratorias” forjadas durante el período tardocolonial no desaparecieron, sino que permanecieron “adormecidas”. Los vínculos parentales y de paisanaje sobrevivieron aun en las desfavorables circunstancias de las guerras de emancipación y enfrentamientos civiles argentinos, y cuando a mediados del siglo el orden interno y las condiciones macroeconómicas del país mejoraron, los flujos entre Galicia y la Argentina se reanudaron.

La etapa de emigración masiva de los gallegos de cara a América comenzó a mediados de siglo y alcanzó sus volúmenes máximos entre 1880 y 1930. Sin embargo, en el caso de nuestro país, el período de mayor número de llegadas se desarrolló de 1904 a 1913. Se trataba por entonces básicamente de hombres solos, que partían para reunir dinero en una primera fase y, si les era posible, llamaban a su mujer e hijos (si los tenían) junto a ellos, para después retornar e invertir lo ahorrado en su lugar de origen, mejorar la explotación agraria y arreglar la casa. No obstante, la participación femenina en el proceso migratorio fue en aumento desde la Primera Guerra Mundial, y en la década de 1920 constituían ya el 40% del flujo (un porcentaje superior a cualquier otro destino americano), algo que obedeció tanto a las dinámicas de reagrupamiento familiar como también, y de forma creciente, a la incorporación de la mujer gallega al mercado de

trabajo argentino. En cualquier caso, unos y otros conservaron una relación muy intensa con su tierra de origen, como expresó el elevado índice de retorno del que hicieron gala, pues prácticamente uno de cada dos emigrantes acabó regresando al lugar de donde había salido. Esto, junto con la pervivencia de las solidaridades locales, generó a su vez una asombrosa resignificación espacial, merced a la cual un campesino o marinero gallego podía sentirse mucho más próximo al país austral que a Madrid u otro punto de Europa. Como expresó el escritor Manuel Rivas: “La distancia, tú lo sabes muy bien, es algo subjetivo. Oí a un campesino describir así el destino de dos de sus hijos, emigrantes: ‘Uno anda cerca, por Buenos Aires; el otro, lejos, en un sitio muy raro, Francfort o algo así. Él sabía lo que quería decir’”.

El censo de 1914 contabilizó 829.701 españoles (el 10,5% de la población total), de los que cerca de la mitad había nacido en Galicia. Al igual que ahora, su distribución espacial no era uniforme, sino que tendieron a asentarse en las ciudades y pueblos del litoral pampeano. De hecho, su alta concentración en Buenos Aires y su periferia hizo que durante buena parte del siglo XX la capital argentina fuese –con diferencia– la más grande metrópoli gallega del orbe.

Ese patrón de asentamiento tan urbanita tiene una relación directa con el tipo de inserción socioprofesional del grupo. Su vinculación con el mercado de trabajo se concretó de modo preferente (pero no exclusivo) en el sector de los servicios urbanos, en puestos de baja y media calificación. El almacenero, portero, mozo o –sobre todo en el caso femenino– empleado gallego en el servicio doméstico forma parte del imaginario colectivo argentino. No obstante, dicha imagen no deja de ser un reflejo pobre y distorsionado de la realidad. En el medio urbano son innumerables las actividades de los sectores



Centro gallego, elección de autoridades, 1938. Archivo General de la Nación / Dpto. Doc. Fotográficos



secundarios y terciarios en las que se insertaron, y en algunas de ellas (carreros, guardas y conductores de tranvías y colectivos, taxistas, estibadores portuarios, obreros en los frigoríficos, curtiembres y lavaderos de lana, marineros, etcétera) llegaron a alcanzar volúmenes muy importantes. Además, de forma concomitante al incremento del número de inmigrantes galaicos, se produjo con el tiempo una cada vez mayor diversificación de su espectro ocupacional. Tan grande fue su peso en algunos rubros y actividades que sus sindicatos eran regidos de modo recurrente por gallegos, como es el caso de los de almacereros, tranviarios, choferes, empleados municipales o cortadores de telas para confección. Alejándonos de Buenos Aires para adentrarnos en las zonas rurales de la provincia homónima, el interior pampeano o la inmensidad patagónica, puede hallárselos entre los dueños de pulperías y almacenes de ramos generales, jornaleros, peones, arrendatarios de tierras, viticultores, pastores de ovejas, carpinteros, herreros, sastres, fabricantes de ladrillos, acopiadores, carreteros, empleados de ferrocarril, obreros portuarios o de las compañías mineras y petrolíferas, etcétera.

Las mujeres, por su parte, desempeñaron una serie de oficios característicos, entre los que se contaban emplearse en el servicio doméstico como mucamas, cocineras o amas de cría. Pero no faltaron tampoco, en las periferias fabriles de la Capital Federal, quienes lo hicieron en la industria, en particular en ramos específicos en los que el trabajo era a destajo, como en la elaboración y empaquetado del tabaco, la alimentación, el vestido o el fósforo, o en oficios más calificados, como el de enfermera. Muchas, además, agregaron a su trabajo en el hogar oficios como el de costureras, planchadoras, lavanderas a domicilio, entre otros. Por otra parte, desde mediados del siglo XIX

existió una elite gallega formada por individuos que hicieron la carrera comercial partiendo desde la base, vinculándose a sectores de rápida expansión desde la década de 1880. A ellos se añadía una franja de profesionales e intelectuales liberales, en particular médicos, abogados, escribanos y procuradores, entre otros.

Los migrantes procedentes de Galicia desarrollaron en la Argentina prácticamente todas las posibilidades de asociacionismo étnico combinando la procedencia geográfica (regional, provincial, local, comarcal o parroquial) con los objetivos específicos que cada institución perseguía (mutualismo médico, beneficencia, centros culturales, recreativos, deportivos). Aunque con antecedentes en 1879 (y aun en el período tardocolonial), la eclosión del asociacionismo gallego es un fenómeno propio del siglo XX. En 1907 surgió el Centro Gallego de Buenos Aires, que a comienzos de la década de 1930 se convirtió en la entidad mutual más grande de la Argentina y de la América hispana (en el período 1961-1962 llegó a contar con 104.855 asociados). Sin embargo, junto con él brotaron también a lo largo de las décadas siguientes varias sociedades regionales (asilos, centros culturales, políticos y otros por el estilo), un centro provincial por cada una de las provincias gallegas y, principalmente, un verdadero enjambre de sociedades *microterritoriales*. Estas reproducían como marco de referencia ámbitos territoriales de relación e interacción social de origen de los emigrantes inferiores al de la provincia, como la comarca, el municipio e incluso la parroquia. Se ha calculado la existencia tan solo en la capital argentina de 327 entre 1904 y 1936 (476 para todo el país entre 1901 y 1933).

La Guerra Civil española (1936-1939) trajo la novedad de un nuevo tipo de corriente migratoria, cuantitativa y cualitativamente dis-

tinta de la precedente: la de los exiliados republicanos. A pesar de que el conservador y profranquista gobierno argentino intentó frenar su llegada, el país acabó por acoger, entre otros muchos sujetos prácticamente desconocidos o anónimos, a una gran parte de la intelectualidad gallega, de su clase política democrática y de sus artistas más renombrados, hasta el punto de convertirse en el principal destino americano del exilio galaico. Importante como fue su labor política aquí, no se compara con la monumental obra que, junto con muchos otros inmigrantes concientizados, desarrollaron en favor de la cultura gallega. Gracias a ellos, en la inmediata posguerra civil, Buenos Aires fue no solo la capital de la Galicia libre, sino también su principal metrópoli cultural. Resulta imposible abordar, siquiera de modo somero, los múltiples aspectos de su inmensa producción. Baste con mencionar que los tres libros fundamentales de la historia de la literatura gallega del siglo XX (*Sempre en Galiza*, de Daniel Alfonso Rodríguez Castelao, *A esmorga*, de Eduardo Blanco Amor, y *Memorias dun neno labrego*, de Xosé Neira Vilas) fueron escritos y publicados por primera vez en aquella capital. O que algunas de las editoriales más importantes del país (Emecé, Atlántida, Nova, Botella al Mar) y revistas fundamentales de la cultura argentina (*De Mar a Mar*, *Correo Literario*) fueron creadas, dirigidas o contaron con el aporte decisivo de los exiliados y emigrados gallegos. Probablemente ninguna figura encarne mejor la poderosa vinculación entre la cultura de la antigua Suevia y la Argentina que la de Luis Seoane, artista polifacético y genial, a la vez gallego, argentino y universal.

Desde luego, la historia de la presencia de Galicia en nuestro país no se agota en esta esquemática mirada. Nada hemos dicho, por ejemplo, de su enorme presencia en las luchas sociales, el movimien-

to obrero, la cultura, las artes y, casi podríamos decir, cualquier aspecto relevante de la realidad argentina que quiera tomarse en consideración. Tampoco nos referimos a la *experiencia* de esos cientos de miles de personas. ¿Cómo vivieron y qué evaluación hicieron del hecho migratorio? Con todas las dificultades y riesgos que este tipo de generalizaciones conlleva, es probable que para una enorme mayoría la emigración implicase una apreciable movilidad social ascendente, y que esta fuese particularmente evidente en sus descendientes directos, que dieron a la Argentina desde presidentes de la Nación hasta premios Nobel.

A más de medio siglo del cierre del ciclo migratorio masivo, el número de gallegos de primera generación que aún viven dentro de nuestras fronteras probablemente no exceda ya los 100.000, pero solo por millones puede contabilizarse a los argentinos (hijos, nietos y bisnietos de los emigrantes *stricto sensu*) que llevan en sus venas la sangre de Galicia. Esa extensa comunidad y su colectividad (la comunidad organizada en sociedades) continúan mostrando una gran vitalidad, mientras la identidad y la cultura, que ya no son exclusivamente gallega ni argentina, sino el producto de su hibridación y reformulación, dan claras señales de pervivencia y proyección al futuro, corporizada en el fuero íntimo de incontables individuos, pero también de instituciones e iniciativas como el Instituto Argentino-Gallego Santiago Apóstol, el Museo de la Emigración Gallega en la Argentina, la Fundación Xeito Novo de Cultura Gallega, el Centro Galicia de Buenos Aires o el grupo de Lectores Galegos en Bos Aires.

Bibliografía

- ALONSO MONTERO, Xesús (1995). *Lingua e cultura galega na Galicia emigrante*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- FARÍAS, Ruy (coord.) (2010). *Bos Aires galega*. Noia: Toxosoutos.
--- (2017). “Migraciones y exilios gallegos en la Argentina (ss. XVIII-XXI): algunos comentarios a la bibliografía sobre el tema”. *Olivar. Revista de Literatura y Cultura Españolas*, nº 25 (en línea). Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7773/pr.7773.pdf.
- LOJO, María Rosa (directora de investigación), Guidotti de Sánchez, Marina y Farías, Ruy (2008). *Los “gallegos” en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa*. La Coruña-Vigo: Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- MOYA, José C. (2004). *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*. Buenos Aires: Emecé.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel (2002). *O inmigrante imaxinario. Estereotipos, identidades e representacións dos galegos na*



Arxentina (1880-1940). Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.

— (2007). “Galicia e Arxentina; Galicia na Arxentina”. En Cagiao Vila, Pilar y Núñez Seixas, Xosé M., *Galicia e o Río da Prata*, pp. 11-152. La Coruña: Arrecife.

- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel y Farías, Ruy (2009). “Trans-
terrados y emigrados. Una interpretación sociopolítica del
exilio gallego de 1936”. *Revista Arbor. Ciencia, Pensamiento y
Cultura*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Cien-
tíficas, nº 735, enero-febrero, pp. 113-27.
- PÉREZ-PRADO, Antonio (2007 [1973]). *Los gallegos y Buenos
Aires*. Buenos Aires: Corregidor.
- RIVAS, Manuel (2001). “Galicia, contada a un extraterrestre”.
El País, Madrid, domingo 14 de octubre.
- VILANOVA RODRÍGUEZ, Alberto (1966). *Los gallegos en la
Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Galicia, 2 vols.
- VILLARES, Ramón y Fernández, Marcelino (1996). *Historia
da emigración galega a América*. Santiago de Compostela:
Xunta de Galicia.



Los franceses en la Argentina, comercio, inmigración y finanzas

Andrés Regalsky

Ingeniero Luis Nogués, 1907. Archivo General de la Nación / Dpto. Doc. Fotográficos



En la segunda mitad del siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial, la Argentina experimentó un proceso de profundas transformaciones en todos los ámbitos, que se caracterizó por un vigoroso crecimiento económico, la expansión de sus exportaciones agropecuarias, una gran afluencia de capital extranjero y el ingreso masivo de inmigrantes, principalmente europeos, que proveyeron la mano de obra necesaria para un país escasamente poblado, al tiempo que transformaron radicalmente su sociedad, constituyendo las nuevas clases medias y trabajadoras, urbanas y rurales.

En ese marco se verificó una importante corriente de inmigración francesa, que alcanzó el tercer lugar por su magnitud, detrás de la italiana y la española, y que estuvo acompañada por un significativo desarrollo del comercio franco-argentino y, con menor grado de correlación, de las inversiones galas en el país.

El número de inmigrantes franceses arribados a la Argentina hasta 1913 fue de unas 220.000 personas, que mayormente entraron antes de 1890, con un pico en el quinquenio 1886-1890. Luego de ese último año, signado por una fuerte crisis, la inmigración se reanudó en una menor escala, y ya no llegó a compensar el efecto de los retornos y los decesos. Así, la población francesa registrada en los sucesivos censos nacionales pasó de unas 32.000 personas en 1869 a más de 94.000 en 1895, para descender en 1914 a unos 79.500 habitantes. Aunque siempre se mantuvo en el tercer lugar, su importancia fue disminuyendo a medida que la inmigración total, y sobre todo la proveniente de Italia y España, adquiría características multitudinarias. En 1869 los franceses representaban el 15% de los habitantes de origen foráneo, casi en paridad numérica con los españoles (que por entonces sumaban 34.000 personas), mientras que en 1895, habiéndose casi triplicado en cifras

absolutas, su participación descendió a poco más del 9% y la distancia con la colonia hispana se amplió (ahora esta duplicaba a la de los franceses). En 1914, finalmente, la comunidad francesa había bajado al 3,4% de la población extranjera total y equivalía a menos de una décima parte de lo que sumaban tanto italianos como españoles.

Desde el punto de vista socioeconómico, se ha ubicado a la inmigración francesa en un punto intermedio entre la de los italianos y españoles, compuesta mayoritariamente por trabajadores y campesinos, y la de ingleses y alemanes, considerada más de “elite” por el peso que los hombres de negocios, profesionales calificados y grandes propietarios tuvieron en su seno. En ese sentido, podría caracterizarse como una inmigración de “clase media”, por la alta incidencia de diversas profesiones y oficios calificados, y del pequeño comercio en general, sin olvidar la presencia de segmentos encumbrados y de otros más amplios de impronta campesina y trabajadora.

Con una importante implantación en algunas de las provincias económicamente más dinámicas del período, como Buenos Aires, Santa Fe y más tempranamente Entre Ríos, así como en menor medida en Mendoza y Tucumán, la ciudad de Buenos Aires se destacó entre los destinos principales con el 35% del total hacia 1914. Allí se advertía la preeminencia de los sectores medios mencionados en el párrafo anterior, y especialmente del comercio.

El crecimiento de la comunidad mercantil se vio enormemente favorecido por el desarrollo del intercambio con Francia. Desde la década de 1860 y hasta el último decenio del siglo, Francia fue el mayor comprador de productos argentinos y su segundo proveedor, después de Gran Bretaña. Las exportaciones argentinas a Francia estaban basadas principalmente en productos primarios, ante todo, lana, que había

tomado fuerte impulso desde la década de 1850 y comenzó a hallar su mayor mercado en el continente europeo. En el caso francés, la importación de lanas se aceleró notablemente en la década de 1860, cuando tuvo lugar una progresiva liberación de las trabas a la importación. Durante algún tiempo, dichas operaciones se canalizaron por el puerto de Amberes, en Bélgica, por lo que las estadísticas argentinas registraban este país como destino de las exportaciones. Con el auge de las exportaciones argentinas de cereales, a partir de la década de 1890, el mercado francés pasó a tener una menor importancia, a pesar de que la principal firma exportadora era de ese origen (Dreyfuss), debido a la protección con que contaban sus propios agricultores.

También hubo un crecimiento de las exportaciones francesas al mercado argentino en la segunda mitad del siglo XIX, como resultado de los mayores ingresos de la Argentina en este período. Según las estadísticas argentinas, Francia fue el segundo proveedor de importaciones hasta 1890 y llegó casi a equiparar a Gran Bretaña en el quinquenio 1876-1880. De todos modos, su perfil era bien diferente. Mientras las importaciones británicas se hallaban encabezadas por los productos emblemáticos de la revolución industrial –carbón, hierro, acero y tejidos de algodón–, las de Francia se hallaban compuestas por azúcar y bebidas (un tercio del total), a lo que se sumaban confecciones, tejidos de lana y seda, artículos de cuero y otros suntuarios, de moda y fantasía.

Este intercambio contribuyó a dar forma a una comunidad comercial francesa compuesta mayoritariamente por importadores: entre los productos principales se contaban los vinos y licores, con una fuerte presencia de Burdeos, así como textiles de algodón y de lana, procedentes mayormente del norte de Francia. Sin embargo,

Ing. Luis Nogués con su hijo, 1907.

León Rigoleau, c. 1905.

Ambrosio Nogués [h], 1928.

Sr. Rousseau Portalis, 1930.



el grupo más poderoso era el de los exportadores de lana, asociados con industriales del norte de Francia, como Masurel Fils y Wattine Bossut, entre otros. Bastante más atrás venían los industriales, que de todos modos tuvieron en esos años una acción pionera en diversos renglones, como el alsaciano Bieckert en la cerveza, Rigolleau en el vidrio, Prat en textiles, Maupas en papel, Sansinena y Terrasson en frigoríficos, Hileret, Nougues y Griet en el azúcar, y Portalis en tanino y maderas (en una de las empresas que luego formarían La Forestal). En 1884 todos estos sectores se reunieron para formar la Cámara Francesa de Comercio en Buenos Aires, que tuvo un destacado papel en la vida de la comunidad.

En el contexto de esos años de auge comercial y de la inmigración tuvieron lugar las primeras operaciones en la esfera financiera. Por un lado, con la creación en 1886 del Banco Francés del Río de la Plata, que venía a sumarse a otros, como el Banco Español del Río de la Plata –fundado un mes antes– y el Banco de Italia y Río de la Plata –constituido en 1872– ligados a las principales colectividades de inmigrantes. Con variada participación de elementos mercantiles metropolitanos, los tres fueron conducidos siempre por actores locales. Otras entidades, en cambio (Banco de Londres, Banco Inglés, Banco Alemán Transatlántico), se hallaban hegemонizadas por capitales metropolitanos, tenían su casa matriz de ese lado del Atlántico y su conducción era ejercida férreamente por elementos de ese origen.

En el caso francés, la relación con la Cámara local de Comercio fue muy estrecha, en tanto uno de los primeros presidentes, Jean Dussaud, ligado a la importación de vinos, lo fue también del Banco, y Henry Py, quien condujo el Banco desde 1892 hasta 1914, también ocupó la presidencia de la Cámara.

Durante los años previos a la Primera Guerra Mundial, el BFRP alcanzó su mayor importancia en la plaza local y disputó el segundo puesto con el Banco de Italia, detrás del Banco Español del Río de la Plata. Curiosamente, era un período en el que la presencia migratoria y comercial francesa se hallaba en declinación. Tal vez por esto, además de los créditos comerciales, destinó una parte sustancial de sus fondos a la participación en negocios “industriales” de variada índole, entre los que se destacan las compañías eléctricas, bodegas e ingenios azucareros. En este último caso, asumió la financiación del que fue el emprendimiento más grande de Sudamérica, el ingenio Ledesma. El pánico bancario desatado por el estallido de la Gran Guerra provocó un fuerte retiro de depósitos que el BFRP, con sus cuantiosas inmovilizaciones, no pudo atender. Debíó entonces cerrar sus puertas durante tres años y proceder a un recambio completo de su conducción, que quedó en manos de un prominente industrial local de origen galo, Gaston Fourvel Rigolleau.

Por el otro lado, a partir de la década de 1880, hubo un creciente flujo de fondos financieros franceses canalizados a través de los grandes bancos de París y de algunas otras importantes empresas. En ellos intervinieron como intermediarios o promotores elementos mercantiles locales, pero que no eran mayoritariamente de nacionalidad francesa, sino sobre todo belgas o alemanes, que habían establecido vínculos con la alta banca parisina. El primero de ellos fue el alemán Bemberg, con tres décadas de actuación en el Río de la Plata, quien ya radicado en París se valió de sus conexiones en ambos lugares para obtener, a favor de un consorcio francés conducido por el banco Paribas, la contratación de una serie de empréstitos públicos nacionales, que se emitieron solo en parte en el mercado de París. Otro alemán, Franz Mallmann, obtuvo un empréstito (todos ellos principalmente para obras públicas) para la Société Générale.

En la segunda mitad de la década de 1880 tuvieron lugar las primeras inversiones directas en el rubro de ferrocarriles, que había sido hasta entonces esfera exclusiva de compañías de capitales británicos. Allí tuvieron destacada intervención los hermanos Portalis, muy vinculados con altos círculos oficiales y financieros franceses, que habían emigrado poco antes a la Argentina en busca de negocios. A la par que desarrollaban, junto con socios alemanes, sus primeros negocios forestales en el Chaco santafecino, obtuvieron una concesión de ferrocarriles de trocha angosta en dicha provincia, que dio lugar a la participación de una importante empresa francesa de locomotoras y maquinaria, Fives Lille, asociada con el ya mencionado banco Paribas. En tanto, Bemberg hijo se ocupaba de negociar con otros bancos franceses más pequeños una serie de empréstitos de Mendoza, San Luis, Catamarca, etcétera, destinados a la creación de bancos provinciales de emisión, mientras acometía lo que sería el mayor emprendimiento familiar, la Brasserie Argentine Quilmes, fundada en París con financiamiento en esa plaza (más allá de contar con un socio alemán –Wendelstadt– cuyas acciones hizo incautar durante la guerra).

Después de la crisis de 1890 hubo un *impasse* prolongado debido a los problemas fiscales, monetarios y de sobreendeudamiento en los que quedó envuelta la Argentina. A comienzos de siglo, una nueva oleada de inversiones francesas tomó forma, en una escala bastante mayor a la de los años previos, y nuevamente los ferrocarriles y los empréstitos fueron los principales sectores. Intervinieron en ellos algunos de los actores previos, como Paribas y Société Générale, y otros nuevos, como el Banque de l'Union Parisienne (BUP). No obstante, el primer gran emprendimiento fue el del nuevo Puerto de Rosario, cuya construcción y explotación fue obtenida por la gran constructora Hersent, asociada

con la metalúrgica Schneider. Allí intervino inicialmente un antiguo miembro de la colonia francesa, Leon Forgues, quien tenía desde hacía años la representación de Schneider, aunque luego fue desplazado por Horacio Bustos Morón, de aceitados vínculos con las sucesivas administraciones públicas.

En cuanto a los ferrocarriles, además de continuarse con la extensión de la red de trocha angosta de Santa Fe, se constituyó otra de esa misma trocha en Buenos Aires, la Générale, así como una ancha, la de Rosario a Puerto Belgrano, con participación protagónica de los tres bancos mencionados (Paribas, SG y BUP). En cambio, estuvieron casi ausentes los intereses industriales que habían participado en el período anterior. Como promotores y representantes locales se verificó una importante presencia belga, a través de la figura de Casimir de Bruyn, inicialmente ligado al comercio de lanas y muy pronto vinculado con quienes serían sus otros socios, Ernest Bunge y Georges Born, también provenientes de Amberes y dedicados a la exportación de cereales.

En materia de empréstitos se dio la novedad de la asociación de Paribas y SG con los dos grandes bancos ingleses, Baring Brothers y J. S. Morgan; la representación general quedó en manos de otra antigua firma mercantil local de origen belga, Ernesto Tornquist y Compañía, que inicialmente había operado con banqueros alemanes. Cabe consignar que Tornquist y Bunge y Born habrían de atraer capitales franceses para otra esfera de negocios, la de los créditos hipotecarios, aprovechando la abundante liquidez y bajas tasas imperantes en París, así como su conocimiento del mundo rural pampeano, ahora en expansión. Finalmente se puede destacar como última gran operación el empréstito de obras públicas de 1911, por 70 millones de pesos oro, tomado por un consorcio franco-belga liderado por la BUP sin la participación de Paribas y

Banco Francés del Río de la Plata, casa central Reconquista y Cangallo (hoy Juan D. Perón) - 1958. Archivo General de la Nación/Orto. Doc. Fotográficos



SG, que junto con sus socios ingleses habían tratado infructuosamente de tomarlo.

Podemos concluir remarcando que este último ciclo de inversiones metropolitanas, así como de expansión del BFRP, se dio en los años en que tanto el comercio como la inmigración francesas a la Argentina habían entrado en declive. Sin embargo, tuvo su base en las implantaciones generadas previamente en los años ochenta, en los que ambas variables tuvieron mayor influencia, aunque, como vimos, la gama de actores fue más heterogénea.

Bibliografía

- DÍAZ, Hernán (2014). "Patriotismo y 'derrotismo' en la comunidad francesa de Buenos Aires". *PolHis. Revista Bibliográfica*, n° 14 (7), julio-diciembre, pp. 54-69.
- OTEIZA, Viviane Inés (1999). "La prensa francesa en la Argentina". *Todo es Historia*, n° 388.
- OTERO, Hernán (2012). *Historia de los franceses en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
- PELOSI, Hebe Carmen (1999). *Argentinos en Francia: franceses en Argentina. Una biografía colectiva*. Buenos Aires: Ciudad Argentina.
- REGALSKY, Andrés (2015 [1986]). *Las inversiones extranjeras en la Argentina, 1860-1914*. Buenos Aires: EDICOL.
- (2002). *Mercados, inversores y élites: las inversiones francesas en la Argentina, 1880-1914*. Sáenz Peña: EDUNTREF.
- (2012). "Banca e inmigración en Argentina: el Banco Francés del Río de la Plata, 1886-1914". *Revista de la Historia de la Economía y de la Empresa*, n° 6, pp. 159-180.



Marcelo T. de Alvear en la inauguración del edificio del Banco Francés del Río de la Plata, 1926.
Archivo General de la Nación / Dpto. Doc. Fotográficos

En busca de mi padre

Edgardo Cozarinsky

Claro agosto 3 de 1919

Dr. *Alfonso Cozarinsky* *Quito, Ecuador*

Mi muy querido Hijo,

Recibe tu muy cariñosa carta de fecha 3) del actual mes, la que te llega con mucho placer, al mismo tiempo me queda muy sorprendida de tal forma que tu mi Hijo accide en el campo y se a cor- en Entre Rios. y de repente recibe tu tal noticia que ha sido como Norte Americano, querido Hijo me ha- lutas para expresar mis felicitaciones, te- medio de la presente con cariñosa bienvenida y c- de alegría. Dices que que oyes el rui- cho con todos tus compañeros y te lo- clauso, te das francamente te te- el nivel donde lo que

1.

Una noche, hará un par de años, soñé que estaba en Entre Ríos. Mi padre nació en Entre Ríos. Yo nunca había estado allí.

Nací en Buenos Aires, viví muchos años en París, demasiados tal vez, viajé bastante por el mundo, pero nunca había estado en Entre Ríos.

No sé si, como algunos creen, los sueños son premonitorios, pero a la mañana siguiente me desperté con un proyecto de film: ir a Entre Ríos a buscar huellas de la infancia de mi padre. Digo bien: de su infancia. A los dieciocho años se fue del campo y se hizo marino. Nunca volvió.

¿Qué sabía yo de esa infancia? Poco o nada. Mi padre era hijo de lo que Gerchunoff bautizó “gauchos judíos”. Once hermanos, más uno del que iba a enterarme que también era hijo de mi abuelo, nacido fuera del matrimonio pero criado con toda la familia. Ese hijo se había quedado en el campo; los demás, con una sola excepción, se habían dispersado entre Buenos Aires y Mendoza, profesionales, empresarios, casadas las mujeres con hombres de ciudad.

Mi padre murió cuando yo tenía veinte años y padecía una adolescencia demorada. Hablaba poco él, aun menos con mi madre, vivía refugiado en la lectura y el cine, en un mundo imaginario que me prometía cosas distintas de la vida cotidiana, irremediablemente gris, de una familia porteña de clase media.

Las preguntas que entonces no me interesaba hacerle son las únicas que hoy me interesan. La primera: ¿cómo fue que ese hijo de gauchos judíos, nacido en Villa Clara, Villaguay, Entre Ríos, decidiera aventurarse a ingresar en las fuerzas armadas, en la Marina de guerra?

Una cosa me resulta evidente: fue posible porque ocurrió en 1919. A partir de 1930, del golpe de Uriburu, no creo que lo hubiesen aceptado.

¿Sabía mi padre, al ingresar, que no iba a poder ascender más allá de capitán de navío? Regla no escrita, *gentlemen's agreement*, un judío no podía llegar a ningún nivel del almirantazgo. Sobre todo: ¿le importaba?

Corolario: ¿qué significaba para él ser judío? No era religioso ni le importaba la tradición. Como a mi madre. A mí me criaron lejos de toda observancia. Creo que las únicas raíces que mi padre hubiese reconocido, aunque nunca hablara de ellas, estaban en Entre Ríos; entre sus libros encontré un ejemplar muy gastado de *Entre Ríos, mi país* de Gerchunoff. Cuando sintió que el fin se acercaba me pidió: “Por favor, ni estrella ni cruz, no vayan a creer que me convertí y eso no es elegante”. ¿De dónde le venía esa noción de elegancia moral?

Cuántas cosas para las que no tengo respuesta.

2.

Si mi padre murió relativamente joven, mi madre en cambio sobrevivió demasiado, lúcida hasta los noventa y cinco años de edad, gradualmente senil durante tres interminables años más. Cuando finalmente murió, descubrí en un armario de su departamento cajas llenas de viejas cartas y fotografías, muchas de ellas de mi padre. Nunca las había visto.

Entre las cartas me impresionaron sobre todo las que mi abuelo y los hermanos le enviaron a mi padre cuando hizo su primer viaje. El destino eran los Estados Unidos (“Norteamérica” decían entonces),

algo casi exótico en tiempos anteriores no ya al turismo masivo sino a la mera televisión. En 1919, en un pueblo de Entre Ríos donde no había cine, tal vez solo llegaran las imágenes de alguna revista ilustrada, o el suplemento dominical (“rotograbado”) de los diarios de la capital.

Las cartas de los hermanos son previsibles, en la efusión cariñosa, aun en el humor ocasional (una de mis tías escribe: “No te encamotes con ninguna gringa, volvé y casate con una criolla”), pero la que más me impresionó fue la de mi abuelo. Le escribe al hijo que parte lejos del hogar, del campo, de lo que hasta ese momento era su mundo, con orgullo paterno y una pizca de envidia, en un castellano impecable, formal, con algún modesto arranque retórico. Una carta cándida, sin faltas de ortografía. Había llegado a la Argentina veinticinco años antes, sin duda había aprendido el castellano en la escuela nocturna de Gobernador Domínguez, con los maestros sefardíes que el proyecto colonizador del barón Hirsch había tenido la prudencia de importar.

¿Qué sabía yo de ese proyecto? Había leído, a grandes rasgos, que Moritz von Hirsch, ennoblecido con el título de barón como tantos otros banqueros judíos (los Rothschild, los Weissweiller, los Anspach, los Cahen d’Anvers, los Wertheimer) que habían prestado servicio a las monarquías europeas del siglo XIX, al perder a su hijo único había dedicado su fortuna al proyecto de la Jewish Colonization Association. Compró más de 80.000 hectáreas entre Santa Fe y Entre Ríos en momentos en que la Argentina de 1880 se abría a la inmigración. Los judíos del Imperio ruso, contrariamente a los de Alemania y Francia de la época, padecían todo tipo de restricciones y apremios: si en Berlín y en París podían ingresar a las universidades, bajo los zares regía el *numerus clausus* para los estudios superiores y tenían permiso de

domicilio, bajo la amenaza permanente de un pogrom, en una estrecha franja territorial entre el Báltico y el Mar Negro.

Iba a enterarme de que la colonia entrerrriana debía el nombre de Clara a la mujer de Hirsch. También que la primera cooperativa agrícola del país, asentada en Basavilbaso y aún activa hoy, se llamó Lucienville por el nombre del hijo perdido.

3.

Finalmente viajé a Entre Ríos. Creo que el proyecto de film me sirvió de coartada ante mí mismo. Detesto toda forma de nostalgia y no quería entregarme a un dudoso viaje sentimental. Necesitaba una razón concreta, objetiva, para conocer los paisajes donde mi padre había nacido y se había criado.

En las calles de Villa Domínguez hay una escuela que lleva el nombre de Gerchunoff. Enfrente: un galpón, convertido en museo, vasto hangar que fue en su momento “hotel de inmigrantes”, donde convivieron familias que no se conocían a la espera de que les asignaran las tierras donde construirían el primer rancho que más tarde sería casa. También un edificio pintado de color rosado: la biblioteca fundada por los primeros inmigrantes, donde por la noche se impartían las clases de castellano; allí dio una conferencia en idish Isaac Bashevis Singer, cuando visitó las colonias en 1975, tres años antes de ser premio Nobel de Literatura.

La vieja farmacia del doctor Yarcho, que luchó contra la epidemia de tifus que hizo ciento diez víctimas en 1894, alberga hoy el Museo de las Colonias. Es la obra de Osvaldo Quiroga, que ha reunido todo tipo de documentos, desde registros de la inmigración y actas nota-

riales hasta objetos de la vida cotidiana desechados por familias que abandonaron la región. Con la ayuda de su hija, digitaliza la información reunida y está en correspondencia permanente con institutos y universidades del mundo entero.

Allí me interno en un laberinto que siento ajeno: no corresponde a mi infancia ni a recuerdo heredado alguno. Y sin embargo, tengo que repetirme, fue de allí que salió mi padre, quién sabe si con alivio o entusiasmado con la promesa de ver mundo, algo de ese mundo que le habían prometido las pocas novelas que encontré entre sus libros.

Allí también me espera lo desconocido: mi lejano origen. Gracias a Quiroga descubro un pasado que ignoraba. Mis abuelos se embarcaron en la nave Sirius, que partió de Odessa el 10 de agosto de 1894 y llegó a Buenos Aires el 12 de septiembre. Su proveniencia aparece como Gobernación Mohilne, en la región de Minsk. Él tenía 23 años, ella 24. Vinieron con dos hijos, una niña de dos años y un varón de uno.

Reprimo ante mis compañeros de trabajo una emoción de la que no me sospechaba capaz. Les hablo de esa S que todos mis primos conservan en el apellido menos yo: guardo la Z escrita por error en la partida de nacimiento de mi padre y que él nunca se molestó en corregir. ¿Pereza de hacer los trámites exigidos? Me pregunto si en esa omisión no latía, ya, una veleidad de independencia, de diferencia.

En el mismo documento aparecen los nombres de otras personas del mismo apellido llegadas en el mismo barco, parientes sin duda, de los que nunca me hablaron. ¿Qué fue de ellos? Me gustaría que hayan sido los antepasados de Juan Carlos Cosarinsky, a quien solo conozco por su fama: el Flaco Cosarinsky de la provincia de Corrientes, creador del primer festival mundial del chamamé.



Paseo estudiantil, 1917. Archivo Fotográfico Museo de las Colonias Judías, Villa Domínguez, Entre Ríos

4.

El éxodo de los hijos... Mis tías recordaban la plaga de langostas. Súbitamente ennegrecían el cielo, devoraban la cosecha, pelaban los árboles. El trabajo de un año estaba perdido. Trataban de espantarlas golpeando ollas, palanganas, todo objeto metálico que pudiese hacer ruido. Sin éxito.

Hoy, me dice un vecino con quien intercambio unas palabras, “va a encontrar más gente en los cementerios que en las calles”. Y es cierto que las lápidas, sobre todo aquellas donde el tiempo ha borroneado nombres y fechas, me conmueven. En ellas leo las esperanzas de los inmigrantes fundadores, su desilusión, la tenacidad de los que permanecen fieles a las tierras que una vez les dieron. Trato de imaginar el inimaginable orgullo de esos judíos del confín este de Europa al saberse propietarios de lo que más prohibido les estaba: la tierra.

En Villa Clara hay otro museo, pequeño, humilde, obra de amor de Marta Muchinik, hija de gente que ya se interesaba en preservar el pasado de la colonias. Lo ha instalado en varios espacios de la estación de tren que, supongo, ya ningún tren visita. Me digo que algunos de los objetos que guarda pueden haber estado en casa de mis abuelos...

Marta me lleva hasta la casa que construyeron, donde crecieron mi padre y sus hermanos. Está remozada por su nuevo propietario, rodeada de un jardín muy cuidado, pero reconozco la forma, el alero, de las viejas fotos de familia que encontré poco antes. En el campo que la rodea ya no hay ni el trigo ni el lino que cultivaban mis abuelos, hoy solo se confía en la soya. Más lejos, el arroyo Sandoval. Cuentan mis primas mendocinas que todas las mañanas lo atravesaban en ca-

noa algunos indios que tenían vacas para llevarles leche a los hijos de los recién llegados.

(Mis primas mendocinas... Hijas del hermano menor de mi padre, casado con una *goi*... Más jóvenes que yo, nacieron, se casaron, tuvieron hijos y nietos en Mendoza. Hoy sin embargo reivindicaron el apellido Cosarinsky, con la S que mi padre desechó. Visitan Chile más a menudo que Buenos Aires. Hablan con esa encantadora tonada que va a reconocer inmediatamente el montajista de mi film, mendocino él mismo).

Más lejos aún, Marta me conduce hasta el cementerio de colonia San Vicente, donde está la tumba de mi abuelo. La lápida vertical tiene, de un lado, la inscripción con nombre y fechas en caracteres hebraicos; del otro en caracteres latinos. Coloco sobre la tumba las piedritas que la religión impone. Las cuento, once más una. Esa noche, en el hotel de Villaguay, desvelado por un concurso de pasteles en la plaza vecina, que animan grupos de aficionados al chamamé, me pregunto si ese gesto que hice para la cámara no corresponde a una secreta, postergada devoción.

Siempre me inspiró rechazo la religión judía, la crueldad del antiguo testamento, sus cientos de preceptos que rigen cada acto de la vida cotidiana; si en algo me reconocí judío es en una idea de diáspora no como maldición sino como privilegio, en no pertenecer a otra comunidad que a la de la gente del libro, de cualquier libro, siempre que no sea sagrado.

Pero los muertos, más allá de toda religión, siempre me han acompañado, más asiduos a medida que envejezco. Acaso mi gesto, en ese lugar, en ese momento, haya sido el único a mi alcance para señalarle a mi abuelo mi presencia.

5.

A menudo me pregunto qué es lo que nos lleva a conservar cosas que sabemos destinadas a desaparecer: fotos descoloridas, descartes de películas, el ticket de embarque de un vuelo olvidado, cartas que no nos enviaron a nosotros.

¿Será que al hacerlo intentamos, ciegamente, sin entenderlo, hacer durar el tiempo perdido, prolongar los días que nos quedan?

Tal vez sea ese mismo impulso que siento, el deseo de impedir que se borre algo que una vez existió, lo que llevó a Osvaldo Quiroga a crear en Domínguez el Museo de las Colonias, a Marta Muchinik el de la estación de Clara...

Cito palabras de Georges Perec: "Trato meticulosamente de retener algo, de hacer que algo sobreviva. Quisiera arrebatarle unos pocos fragmentos al vacío que crece, dejar en alguna parte un surco, una huella, una marca, aunque solo sea unos pocos signos".

Llego al final del viaje con mis preguntas intactas. Sin respuestas.

Acaso el detective solo termine por descubrir algo sobre sí mismo...

¿Qué descubro? Que aunque con el paso de los años haya empezado a lamentar que mi padre hubiese muerto cuando yo no había querido hablar con él de tantas cosas, hoy me siento aliviado, no sé si decir contento, de que hubiese muerto antes de los años setenta. Pienso: ... y si su lealtad con la Armada, su respeto por el orden, lo hubiesen llevado a aceptar lo inaceptable, a ponerse de parte de los verdugos...

Tuve miedo.

Miedo por mí. Temía que pudiese ensuciar mi recuerdo de él.

"Con qué ansia implacable rondan los muertos a quienes todavía no lo están..."

Sebal, *Campo santo*.

Somos negros, somos afrodescendientes,
acá estamos y vamos a ir para adelante

Procesos de visibilización de
los afroargentinos en el siglo XXI

Paola Monkevicius



Es frecuente escuchar que en la Argentina no hay negros y que su presencia se remonta a la época colonial. Desde ese entonces se habría producido la “desaparición” de miles de personas de origen africano, lo que frecuentemente se explica por el reclutamiento forzado en las guerras, por las altas tasas de mortalidad especialmente durante las epidemias, por el mestizaje y por el fin del comercio de esclavos. Los censos realizados en la ciudad de Buenos Aires daban cuenta de un importante porcentaje de afroargentinos hasta mediados del siglo XIX, pero luego la situación cambió drásticamente contabilizándose como afroargentina solo al 1,8% de la población de la ciudad en 1887. Si bien los factores mencionados sin duda han afectado el nivel demográfico, según el experto norteamericano George Reid Andrews, no alcanzan para explicar cómo los afroargentinos se constituían en un “elemento visible de la sociedad” ocupando distintas posiciones sociales y sosteniendo una activa e influyente prensa. Los estudiosos del tema hablan de una manipulación de los datos censales que enmascara la real dimensión de la población afroargentina que habitaba el principal centro urbano del país. Pero ¿cuáles serían las razones de esta manipulación? ¿Por qué se querría ocultar o negar la presencia de descendientes de esclavizados de origen africano?

Podríamos decir que esto se debe principalmente a un trabajo de ingeniería cultural llevado a cabo por las elites nacionalistas decimonónicas, en particular la generación del 80, que se propuso “blanquear” a la población argentina. Con la necesidad de unificar las heterogeneidades que amenazaban a la nueva nación, el Estado puso en marcha mecanismos destinados a subsumir las diversidades internas bajo la utopía de un “crisol de razas” blancas de origen europeo. La inmigración transatlántica haría posible esta construcción ideológica

relegando la diversidad indígena a los márgenes geográficos y temporales de la nación, y negando e invisibilizando la presencia de origen africano. El “terror étnico”, como lo describe la antropóloga Rita Segato, presente en esta construcción narrativa hegemónica solo podía concebir al negro como un sujeto peligroso para la constitución de una nación blanca, europea y civilizada, por lo que inexorablemente debía quedar relegado al pasado en un proceso gradual e irreversible de desaparición.

A esta construcción narrativa se suma, como señala Alejandro Frigerio, una lógica de clasificación racial que, por un lado, denomina “negro” a un número cada vez más reducido de personas sin rasgos fenotípicos, lo que da lugar a una “ceguera cromática”, y, por el otro, asigna la categoría a una diferencia de clase, es decir, cataloga como “negros” a personas de bajos recursos. De esta forma se retroalimentaron la narrativa dominante de la blanquedad con las interacciones de la vida cotidiana que ocultan y enmascaran la diversidad de origen africano legitimando la idea de la desaparición.

Sin embargo, estas poderosas construcciones sociales sobre lo que significa “ser argentino” y “ser otro” no lograron perpetuar la invisibilización de la población descendiente de esclavizados que, durante los siglos XIX y XX, seguía estando presente realizando importantes aportes tanto demográficos como culturales a la nación.

En los últimos años, a mediados de la década de 1990, surgieron marcos alternativos desde los que se comienza a discutir y revisar la versión oficial, lo que devela su carácter “ficticio” en cuanto constructo ideológico y cultural. Este proceso comienza con la llegada de corrientes multiculturalistas y de una revalorización de las diversidades dentro de la nación, lo que provoca la reaparición y el empode-

ramiento de sujetos invisibilizados sociohistóricamente y relegados, por lo tanto, del goce de derechos ciudadanos.

Esta coyuntura favorable para la revisibilización de la olvidada presencia negra de origen esclavizado se retroalimentó del accionar político y cultural promovido desde los propios sujetos afro a través de asociaciones y organizaciones que reúnen a afrodescendientes (afroargentinos y afrolatinoamericanos) y a inmigrantes africanos (los provenientes de la tradicional inmigración caboverdeana de principios del siglo XX y los más recientes llegados desde la costa occidental del África Subsahariana, en su mayoría senegaleses). La asociación África Vive,¹ fundada en 1996 con el apoyo de organismos multinacionales, ha sido pionera en la tarea de dar visibilidad a nivel tanto nacional como internacional al colectivo afroargentino. Luego han surgido otras formas de organización con mayor o menor grado de formalización, dirigidas por activistas y militantes cuyas alianzas y conflictos han generado una intensa volatilidad en el entramado de estas agrupaciones. Sin embargo, en la actualidad existe un conjunto de asociaciones que han logrado estabilidad y continuidad en su funcionamiento a lo largo del tiempo, algunas de las que podemos mencionar son: Diáspora Africana de la Argentina (DIAFAR) –reúne a afrodescendientes y africanos–, la asociación civil África y su Diáspora –congrega a afrodescendientes y africanos–, la Agrupación Xangó por la Inclusión y la Justicia Social –nuclea a “militantes y activistas por el respeto de los derechos humanos, la igualdad y la justicia

¹ Una ONG liderada por una afroargentina y una descendiente de caboverdeanos que impulsó reclamos y demandas de reparación respecto a la población de origen africano.

social de los afrodescendientes y toda la comunidad”–, la Asociación Misibamba –situada en el conurbano bonaerense, reúne a quienes se adscriben como “afroargentinos del tronco colonial”–, el Movimiento Afro cultural –“institución dedicada a la transmisión, revalorización y difusión de la cultura de matriz afro”–, la Comisión Organizadora del 8 de Noviembre –agrupa a diversas asociaciones con el fin de planificar anualmente la conmemoración del día nacional del afro argentino–, entre otras. Respecto a las agrupaciones de inmigrantes africanos que participan activamente en el entramado de este colectivo, así como también en vinculación con el Estado, debemos mencionar a las dos asociaciones caboverdeanas de socorros mutuos fundadas en las primeras décadas del siglo XX y a la más reciente Asociación Amigos de Cabo Verde, como así también la Asociación de Residentes Senegaleses en Argentina. Estas formas de organización se encuentran dirigidas por activos líderes y militantes que actúan como interlocutores y voceros frente al Estado.

Por su parte, el Estado argentino, ante los cambios demandados tanto desde estos movimientos sociales como desde el exterior –siendo incluido en políticas regionales de reconocimiento de minorías negras–, ha puesto en práctica, primero de manera vaga y luego con mayor formalización, una serie de medidas dirigidas a satisfacer las demandas de reconocimiento y reparación hacia estos colectivos. Algunas que podemos mencionar son: la intervención del INADI² desde 2006 sobre problemáticas vinculadas a afrodescendientes; la inclusión de la pregunta sobre afrodescendencia en el censo nacional

2 Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo, dependiente del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación.

de 2010, luego de más de un siglo de silenciamiento estadístico; los diversos proyectos legislativos, algunos de los cuales se han efectivizado; la inclusión en ceremonias conmemorativas, como los festejos por el Bicentenario en 2010; propuestas de modificaciones en la currícula escolar, entre otras.³

En particular nos interesa detenernos en la sanción en 2013 de la ley que declara al 8 de noviembre como el Día Nacional del Afroargentino/a y la Cultura Afro en Argentina (Ley 26.852). Luego de algunos antecedentes a nivel provincial y municipal, el colectivo afro logra el reconocimiento de su aporte cultural e histórico a la nación tomando como referencia el día del fallecimiento de la afroargentina María Remedios del Valle,⁴ quien obtuvo el grado de capitana por su lucha junto a Manuel Belgrano en las guerras por la independencia. Silenciada por la historia tradicional, la figura de María Remedios ha sido resignificada como hito sobre el cual se articula el pasado afrodescendiente dentro de la historia hegemónica legitimando las demandas actuales por reconocimiento. Aunque la ley obliga a los Ministerios de Educación y de Cultura a incorporar la fecha en el calendario escolar y a promover la cultura afro a través de diversas actividades, y a pesar del esfuerzo que realizan anualmente las organizaciones de afrodescendientes para difundir la conmemoración, la efeméride aún no ha logrado sobrepasar el espacio acotado de interacción afro-estatal y es ignorada por la mayoría de la sociedad. Se podría afirmar que los objetivos de estas medidas se satisfacen

3 Específicamente las acciones se intensificaron durante 2011, declarado, por la UNESCO, Año Internacional del Afrodescendiente.

4 Ocurrido el 8 de noviembre de 1847.





Candombe en Buenos Aires el día de San Juan, 1939.
Archivo General de la Nación / Dpto. Doc. Fotográficos

principalmente en el plano simbólico y son aún discutidas por sectores de liderazgo afro que pretenden políticas afirmativas y efectivas que ayuden a modificar las condiciones de vida de los sujetos de origen africano en lucha por el reconocimiento de derechos históricamente negados.

Otro aspecto que nos interesa rescatar es que, a la par de estos procesos, se ha activado un importante campo de estudios sobre la temática afro en la Argentina; además del tradicional abordaje histórico, se observa una gran producción bibliográfica principalmente desde la antropología, junto con la sociología, las ciencias de la comunicación, la arqueología, etcétera, que da como resultado un creciente número de publicaciones que intentan dar respuesta a la complejidad del fenómeno afro en la Argentina.

Por último, y volviendo al principio, creemos que gradualmente comienzan a incorporarse al colectivo nacional diversos “otros” dentro de una concepción multicultural de la nación que dificulta cada vez más sostener la afirmación de que en la Argentina no hay negros. Por lo tanto, no resulta posible afirmar que desaparecieron con la fiebre amarilla o por la guerra del Paraguay, sino que su presencia se mantuvo solapada ante el poderoso imaginario de que “los argentinos descienden de los barcos”. Esto implicó la negación de su legado histórico y cultural a la nación y los relegó a condiciones de subalternidad dentro de la sociedad. Las nuevas condiciones habilitan reclamos por revertir la desigualdad social de los afrodescendientes a través de un proceso complejo de reconstrucción de identidades y memorias.

Bibliografía

- Blog <http://agrupacionxango.blogspot.com.ar/>
- Blog <http://movimientoafrocultural.blogspot.com.ar/>
- FRIGERIO, Alejandro (2008). “De la *desaparición* de los negros a la *reaparición* de los afrodescendientes: comprendiendo la política de las identidades negras, las clasificaciones raciales y de su estudio en la Argentina”, en G. Lechini (comp.), *Los estudios afroamericanos y africanos en América Latina: herencia, presencia y visiones del otro*. Córdoba-Buenos Aires: Ferreyra-CLACSO.
- FRIGERIO, Alejandro y LAMBORGHINI, Eva (2011). “Los afroargentinos: formas de comunalización, creación de identidades colectivas y resistencia cultural y política”, en Enghel, Mariana (ed.), *Aportes para el desarrollo humano en Argentina 2011*, pp. 1-51. Buenos Aires: PNUD.
- MONKEVICIUS, Paola (2016). “Conmemorar pasados diversos: procesos de visibilización y memorias afro en Argentina”. *Revista Euroamericana de Antropología* (REA), n° 3, pp. 49-56. Disponible en: https://iiacyl.files.wordpress.com/2017/02/4_monkevicius_n3.pdf
- REID ANDREWS, George (1989). *Los afroargentinos de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- SEGATO, Rita Laura (2007). *La nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Buenos Aires: Prometeo.

Intersección porteña: ideas preliminares
sobre las migrantes de República Dominicana
en la ciudad de Buenos Aires

Paloma Dulbecco



La bachata, la salsa y el merengue. Las habichuelas, el pollo guisado y el arroz blanco. Las peluquerías, las casas de comida y las banderas con los colores rojo, azul y blanco. Todos estos elementos se potencian y hacen presentes en los barrios de Constitución y Balvanera. Se trata de los lugares elegidos por los dominicanos y las dominicanas que llegan a la ciudad de Buenos Aires. La Argentina es su destino más popular entre los países latinoamericanos y se ubica cuarta en la lista mundial, detrás de Estados Unidos, España e Italia, según un informe de 2015 realizado por la Organización Internacional para las Migraciones.

No existen datos completos sobre la población dominicana que vive en nuestro país. Mientras, según el consulado, hay unos 15 mil, desde las asociaciones de dominicanos afirman ser más de 40 mil. Si bien en la Argentina la migración desde los países limítrofes es mayoritaria, lo cierto es que aquella cuyos orígenes es la República Dominicana creció aceleradamente en el último tiempo y así puede constatarse en los datos oficiales de los censos nacionales. Entre 2001 y 2010, la cantidad de dominicanos y dominicanas que eligieron residir en nuestro país aumentó un 300%. Otro rasgo que no se puede soslayar al considerar este movimiento migratorio es su composición principalmente femenina y joven. Del total de 5.600 personas dominicanas relevadas por el último Censo Nacional de Población, 75% eran mujeres y, a su vez, tenían entre 18 y 45 años.

Se trata de un interesante caso de inmigración para estudiar, que despierta múltiples preguntas en torno a sus condiciones de vida y a la política migratoria que las y los afecta. ¿En qué consisten las políticas públicas implementadas por el Estado argentino en torno a las personas dominicanas? ¿Qué iniciativas al respecto formulan otros

actores involucrados en la temática migratoria, como organismos internacionales u organizaciones de la sociedad civil? ¿Qué cuestiones sociales inciden de manera particular sobre este grupo migrante? ¿De qué formas cobran preeminencia elementos tales como la raza, el género, la sexualidad en relación con las mujeres dominicanas?

Una idea preliminar sugiere que tanto las políticas públicas como las iniciativas de la sociedad civil alrededor de las migrantes dominicanas en la ciudad de Buenos Aires conllevan regulaciones sexogenéricas de su presencia, visibilidad y actividades, atravesadas por dimensiones raciales mayoritariamente implícitas. Un ejemplo de esto es la resolución 23/12 que adoptó el Ministerio del Interior en junio de 2012 y dispuso exigir visa a las personas dominicanas que desean ingresar como turistas, fundamentándose en la trata de personas como flagelo que ha afectado particularmente a mujeres dominicanas. Esta medida gubernamental es una muestra cabal de cómo la aceptación internacional de la existencia del tráfico de personas y su inserción en las agendas locales ha significado la sanción de normativas de regulación y penalización de muchas de estas acciones en algunos países. Como vimos, el Estado argentino no fue una excepción: a fines de 2012 sancionó la Ley 26.842 contra la Trata de Personas y reconfiguró sus agencias dedicadas a la asistencia a las víctimas y a la persecución de dicho delito. Sin embargo, en la práctica, los efectos de esta medida han sido bien distintos respecto a la protección que se pretendía dar.

En primer lugar, a partir de la resolución 23/12 aumentaron los ingresos de migrantes dominicanas por pasos ilegales, facilitados paradójicamente por las redes de tráfico de personas. Por ejemplo, desde los países limítrofes, para entrar a la Argentina por vía terres-

tre o fluvial sin que quede registrada su entrada. El problema está en que el carácter de ilegalidad aumenta no solo el costo económico de los traslados, sino también los riesgos y peligros que estos suponen. En última instancia, las entradas por pasos no habilitados dificultan enormemente cualquier intento de las migrantes para poder regularizar su estatus legal ya que los trámites de radicación solo pueden iniciarse demostrando la fecha y el lugar de ingreso al país.

En segundo lugar, se trata de una medida migratoria con efectos sociales no necesariamente reconocidos en su elaboración en cuanto política pública. El hecho de que la población dominicana sea la única a la que la Argentina le exija una visa de turista para ingresar puede generar o exacerbar sanciones sociales y persecuciones y hostigamientos estatales contra las mujeres en situación de prostitución o trabajadoras sexuales dominicanas. Estas mujeres quedan especialmente expuestas a las autoridades y visibilizadas en ese sentido ya que desde el propio Estado se fundamenta la medida particular por el delito de trata de personas con fines sexuales. Esto se ve sumamente agravado a partir de la última modificación gubernamental en términos migratorios.

El decreto presidencial 70/17, del mes de enero, tiene efectos directos sobre aquellas mujeres que se dedican efectivamente o por presunción al trabajo sexual. Una modificación sustancial que realiza sobre la ley 25.871 de Migraciones es que las pruebas de haber incurrido o participado en alguna actividad que suponga la deportación ya no requieren procedimiento judicial ni condena firme. En cambio, pueden respaldarse en las contravenciones policiales que realizan las fuerzas de seguridad frente a la oferta y demanda de sexo en espacios públicos. De este modo, las mujeres dominicanas a las que el Estado



asocia pública y directamente con la prostitución forman parte del conjunto de migrantes que quedan expuestas a su deportación, a pesar de que la ley argentina no castiga ni prohíbe la actividad.

En último lugar, la medida afecta al conjunto de migrantes dominicanas al reproducir estereotipos asociados a las mujeres negras y su sexualidad. En torno a la sexualidad de las mujeres negras históricamente se han construido muchos estereotipos y prejuicios. Se les atribuyeron calificativos en torno a su carácter de mujeres fogosas reforzando aquellos elementos que las cosifican en torno al placer sexual. Se trata, sin dudas, de relaciones de exotización, enmarcadas en relaciones de poder y dominación, ya que hay sujetos cosificados. En este caso, las mujeres negras y la homogeneización de sus cuerpos como objeto de deseo. Estos estereotipos se fueron naturalizando al punto que se convirtieron en rasgos para caracterizar y etiquetar sus identidades dejando al margen el contexto de sometimiento y dominación racial, colonial, político y religioso en el que estos fueron configurados.

En las últimas décadas, se ha desarrollado un amplio conjunto de investigaciones empíricas en ciencias sociales que vinculan los estudios migratorios y de género. Su mayor contribución es la de comprender las migraciones como procesos generizados, es decir, retomando la conceptualización de las teorías del género en torno a una serie de desigualdades naturalizadas e invisibilizadas. El abordaje de estas desigualdades de género fue crecientemente complejizado mediante su análisis articulado con la clase social, la raza o etnia y el estatus legal. Esa es precisamente la apuesta teórica del enfoque interseccional, producir análisis sociales a partir de la interrelación de diferentes dimensiones que implican privilegio o marginalización.

En un contexto social y político en el que la trata de personas con fines sexuales cobra relevancia y, por ende, también mayor difusión mediática, debemos prestar especial atención al regreso solapado de determinados estereotipos –y tener cautela frente a su extensión y a lo que puedan implicar en las vidas concretas de las personas implicadas–. Por un lado, la vinculación directa con la trata sexual ha simplificado las imágenes públicas de las migrantes dominicanas al presentarlas casi exclusivamente como víctimas de redes de trata. Por el otro, en el marco de un complejo entramado normativo de regulación de la prostitución, ha reactivado el poder de policía del Estado sobre el sexo comercial a través de la lógica del rescate y mayor criminalización. La figura migrante, definida por la otredad que la constituye, puede profundizarse cuando se combina con otros ejes diferenciadores de la identidad y que muestran desigualdad. La inclusión del enfoque interseccional no pretende señalar exclusivamente la mayor vulneración y estigmatización de las sujetas en cuestión, sino analizar las formas situadas y localizadas en las que la condición migratoria y el género se asocian con otras cualidades que refuerzan situaciones de dominación o resistencia.

Bibliografía

- CRENSHAW, Kimberlé (2012 [1991]). “Cartografiando los márgenes. Interseccionalidad, políticas identitarias, y violencia contra las mujeres de color”, en Raquel (Lucas) Platero (ed.), *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada. Temas contemporáneos*, pp. 88-123. Barcelona: Bella Terra.
- MAGLIANO, María José (2015). Interseccionalidad y migraciones: potencialidades y desafíos. *Estudos Feministas*, 23(3), pp. 691-712.
- ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL PARA LAS MIGRACIONES; Comisión Argentina para los Refugiados y Migrantes (2003). *Migración, prostitución y trata de mujeres dominicanas en la Argentina*. Disponible en: <https://robuenosaires.iom.int/sites/default/files/publicaciones/Migraci%C3%B3n%2C%20prostituci%C3%B3n%20y%20trata%20de%20mujeres%20dominicanas%20en%20la%20Argentina.pdf>
- (2015). *La migración dominicana en Argentina (2000-2015)*. Disponible en: http://argentina.iom.int/co/sites/default/files/publicaciones/Migr.Dominicana.web_.pdf

La guerra desde ultramar

La movilización de los inmigrantes de la Argentina ante la Primera Guerra Mundial

María Inés Tato



*"e tutto che al mondo è civile,
grande, angusto, egli è romano ancora."*

G. CARDUCCI.

Archivo IIAc

COMITATO ITALIANO DI GUERRA

RECONQUISTA 558 BUENOS AIRES REPUBLICA ARGENTINA

Al estallar la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914, la Argentina albergaba a numerosas comunidades de inmigrantes procedentes de todos los rincones del planeta. El Tercer Censo Nacional, realizado en el mes de julio, arrojó cifras muy elocuentes acerca del carácter cosmopolita de nuestra sociedad: casi el 30% de la población del país era extranjera, aunque en algunas localidades la cifra era aún más alta. Predominaban los italianos y, en segundo lugar, los españoles, seguidos a mayor distancia por otras colectividades. De hecho, los inmigrantes oriundos de la Europa en guerra formaban el 27% de la población, con preponderancia aplastante de los procedentes de la Triple Entente¹ (el 51% del total de extranjeros) frente a los de los Imperios Centrales² (apenas el 6%).

A medida que fueron ingresando en el conflicto, los Estados beligerantes iniciaron la movilización militar y económica de sus ciudadanos, incluyendo a los que habían emigrado a ultramar. Los consulados europeos en la Argentina procedieron de inmediato a reclutar a todos los adultos de sus comunidades que se hallaban en condiciones de portar armas, en tanto numerosos argentinos e inmigrantes de otras naciones neutrales también se enrolaron como voluntarios en los ejércitos en lucha, especialmente al servicio de la Triple Entente. Por su parte, a fin de coordinar las iniciativas solidarias destinadas a sus patrias de origen, las comunidades de inmigrantes organizaron comités de guerra con filiales a lo largo de todo el país, encabezados por sus personalidades más destacadas (principalmente empresarios

1 Los estados que formaban la Triple Entente –principalmente Francia, el Reino Unido, el Imperio ruso, Italia y los Estados Unidos– también fueron conocidos como los Aliados.

2 El Imperio alemán, el otomano y el austro-húngaro.

e intelectuales) y por las autoridades diplomáticas y consulares. Su objetivo principal consistió en recaudar fondos para auxiliar económicamente a las familias de los soldados reclutados; a medida que la guerra se prolongó, los recursos también se dirigieron al sostenimiento de las viudas, de los huérfanos y de los inválidos. En segundo lugar, la ayuda económica se orientó a la suscripción de empréstitos de guerra, a obras humanitarias organizadas por los Estados europeos –como la atención brindada a soldados heridos o a refugiados– y a la Cruz Roja. En general, los inmigrantes europeos radicados en la Argentina efectuaron contribuciones económicas muy importantes para sus patrias en guerra, que resultaron fundamentales a medida que el conflicto se extendía.

No obstante, la respuesta a la movilización no fue homogénea y dio lugar a reacciones encontradas en el seno de las comunidades. Es necesario tener en cuenta que la Primera Guerra Mundial significó un conflicto entre imperios multiétnicos que en la mayoría de los casos estaban marcados por fuertes tensiones internas de carácter religioso, regional, cultural y político. La guerra reactualizó esas tensiones e influyó en el grado de apoyo dispensado por las minorías a las demandas de sus Estados de origen. Por ejemplo, evidentemente los judíos del Imperio ruso y los armenios del Imperio otomano, que habían abandonado sus países debido a las persecuciones sufridas a manos de las autoridades, carecían de motivos para solidarizarse con ellas en tiempos de guerra. En otros casos, la coyuntura de la guerra alentó la lucha de algunas minorías étnicas por su autonomía o independencia. Así, la comunidad siria se dividió entre los que aspiraban a la sanción de una constitución que reconociera sus derechos dentro del Imperio otomano y los que, en cambio, buscaban formar

una nación árabe confederada. Al igual que muchos libaneses y armenios, varios miembros de la comunidad se sumaron a la Legión de Oriente, un cuerpo de infantería al servicio de los Aliados. Asimismo, checos y eslavos organizaron la Alianza Nacional de Países Checos, que luchó por su independencia respecto del Imperio austrohúngaro y colaboró activamente con los Aliados. El Reino Unido también enfrentó la oposición de algunos sectores de la comunidad irlandesa que bregaban por su independencia y solían converger con la colonia alemana en diversas actividades de propaganda. Para algunas minorías étnicas, entonces, la Gran Guerra significó una oportunidad de renegociar su estatus en el interior de los imperios y/o de avanzar en la lucha por su independencia respecto de estos. En cambio, en el caso de la comunidad alemana, la guerra estimuló la postergación de sus conflictos internos como estrategia defensiva frente a la extendida simpatía de la que gozaban los Aliados en la opinión pública argentina y de la consiguiente percepción de su aislamiento. De todos modos, tanto la colaboración material como la militar con su gobierno se vio seriamente limitada por el bloqueo naval británico, que dificultó el abastecimiento de los imperios centrales e impidió que la mayoría de los soldados embarcados en la Argentina logaran sumarse a las filas de sus ejércitos. En cambio, la colectividad británica aportó 4.852 voluntarios al ejército de su país,³ la francesa contribuyó al suyo con alrededor de 5.800 soldados y la italiana con 32.430. De todas formas, las cifras precedentes deben ser matizadas a la luz de la magnitud numérica de las respectivas comunidades. El Tercer Censo

3 Hasta 1916 el ejército británico se basaba en el alistamiento de voluntarios. Debido a la prolongación de la guerra y a la necesidad de reemplazar las bajas, a partir de esa fecha se estableció el servicio militar obligatorio.



14 OCTOBRE 1917

L.GILLAR.

LA JOURNÉE DE FRANCE
EN ARGENTINE

Nacional muestra que la población masculina mayor de 15 años ascendía a 17.918 en el caso de los británicos, a 42.655 en el de los franceses y a 554.574 en el de los italianos, por lo cual puede concluirse que la respuesta británica al llamado a las armas fue más alta que la de las otras dos colonias de inmigrantes. Esta actitud variable frente a la leva obedeció, en última instancia, al diverso grado de integración a la sociedad argentina de las diferentes comunidades: por lo general, los italianos y franceses tendieron a asimilarse más rápidamente que los británicos.

Durante la guerra, los hijos de los inmigrantes que habían nacido en la Argentina tropezaron con los inconvenientes derivados de su doble pertenencia. En efecto, los Estados europeos aplicaban el *jus sanguinis*, un criterio jurídico por el cual los hijos de sus ciudadanos nacidos en el extranjero eran considerados de la misma nacionalidad que sus padres. En cambio, el Estado argentino, como la mayoría de los países de inmigración, se guiaba por el *jus soli*, que consideraba argentinos a los hijos de los inmigrantes por el solo hecho de nacer en nuestro suelo. En ausencia de tratados de doble nacionalidad entre la Argentina y los Estados europeos, los hijos de los inmigrantes debían hacer frente a una doble exigencia. Por un lado, los Estados beligerantes les reclamaban la incorporación a sus ejércitos. Por otro, el Estado argentino requería que dieran cumplimiento al servicio militar obligatorio. En consecuencia, muchos de ellos, plenamente identificados con su sociedad de nacimiento, trataron de eludir esa doble imposición evitando el alistamiento. No obstante, fueron muy numerosos los que se sumaron a las filas de los ejércitos de la patria de sus padres y en muchos casos dejaron la vida en los campos de batalla europeos.

Pero además de cooperar material y militarmente con sus patrias lejanas, los inmigrantes residentes en la Argentina también libraron la guerra a la distancia en diversos planos contribuyendo a instalar la cuestión en la opinión pública local. Por ejemplo, colaboraron activamente en la difusión de los variados materiales generales de propaganda producidos por sus Estados y destinados a influir en las perspectivas de la sociedad argentina acerca de la guerra. También destinaron parte de la recaudación de los comités de guerra a producir localmente propaganda más cercana a la historia y a la cultura argentinas. La propaganda aliada elaborada en la Argentina tendió a vincular la causa de Francia con las luchas independentistas argentinas, en tanto la alemana prefirió enfatizar la denuncia del imperialismo de sus enemigos, especialmente del británico y del estadounidense. La propaganda se distribuyó principalmente en forma de libros, folletos y volantes, pero las comunidades también financiaron diversas publicaciones periódicas que difundieron y defendieron las posiciones de sus Estados frente al conflicto.

Además, las colectividades de las naciones aliadas condujeron localmente la guerra económica contra los imperios centrales que sus estados libraban a nivel global. Así, desde los inicios de la contienda, las empresas de origen británico, francés e italiano procedieron a despedir a los empleados de nacionalidad alemana o austríaca. El boicot económico alcanzó poco después, en 1916, a las firmas alemanas y sus socios locales. Por entonces, el Reino Unido recopiló en la llamada Lista Estatutoria la nómina de empresas –periódicamente actualizada– con las que sus súbditos no debían comerciar. Estas listas negras fueron luego adoptadas y ampliadas por los otros gobiernos aliados y fueron aplicadas por las comunidades de inmigrantes. Como resulta-

do, en 1918 el Comité Interaliado congregó a las cámaras de comercio de Francia, el Reino Unido, los Estados Unidos, Bélgica, Japón e Italia a fin de coordinar la instrumentación de las listas negras y el desenvolvimiento de la guerra económica. Esta medida polémica buscaba debilitar los intereses germanos y contribuir a desplazarlos del mercado argentino tras la finalización de la guerra. Sin embargo, aunque no obtuvo resultados definitivos en el largo plazo, sí creó inconvenientes al comercio local y provocó reclamos del gobierno argentino, que veía en las listas negras un ataque a su soberanía y a su política de neutralidad.

Así como reprodujeron localmente los alineamientos y los enfrentamientos que desplegaban sus Estados a nivel global, los inmigrantes también desarrollaron una intensa solidaridad interétnica con las comunidades del mismo bando. Además de librar conjuntamente la guerra económica, también organizaron actividades benéficas para recaudar fondos para la Cruz Roja de los países aliados o de los imperios centrales, según el caso, y para otras iniciativas humanitarias encaradas por sus respectivos Estados.

Por otra parte, también fueron partícipes activos de la movilización de la sociedad argentina en torno a la guerra. Desde 1914, esta había tomado partido por uno u otro de los bandos beligerantes en función de afinidades culturales, pero sin cuestionar la neutralidad diplomática adoptada por el gobierno argentino. En 1917 la guerra submarina irrestricta declarada por Alemania y el ingreso de los Estados Unidos en el bando aliado derivaron en un quiebre del consenso social en torno a la política exterior oficial y a la polarización de la opinión pública entre los rupturistas o aliadófilos –partidarios de romper relaciones diplomáticas con Alemania– y los neutralistas –despectivamente calificados como germanófilos–. La efervescencia



Av. de Mayo. Aspecto del público estacionado frente al diario La Prensa al tenerse conocimiento del armisticio. 1918. Archivo General de la Nación / Dpto. Doc. Fotográficos



social alrededor de la cuestión internacional se canalizó a través de agrios debates públicos en la prensa y en las tribunas callejeras, así como en masivas manifestaciones en las principales ciudades del país, de las que tomaron parte las comunidades de inmigrantes. En consecuencia, fue un espectáculo habitual que belgas, italianos, franceses, británicos, norteamericanos, checos, polacos, rusos, croatas, serbios, griegos y montenegrinos desfilaran con ciudadanos argentinos partidarios de la ruptura con Alemania en multitudinarios mítines al son del Himno Nacional Argentino, de la Marcha Real Italiana, de la Marcha Garibaldina, de la Marsellesa, de la *Brabançonne* y del *God save the King*, portando banderas argentinas y de las naciones aliadas. Las manifestaciones rupturistas combinaron a menudo el reclamo de la rectificación del rumbo de las relaciones exteriores con el homenaje a las potencias aliadas, especialmente a Bélgica, Francia e Italia. Los neutralistas, en cambio, optaron por la defensa de la política oficial y por rendir homenaje a la España neutral, con la participación de las principales asociaciones de esa colectividad y de la comunidad alemana, para la cual la neutralidad significaba el mal menor comparado con la ruptura de relaciones.

En síntesis, los inmigrantes europeos jugaron un papel sumamente relevante en el desarrollo global de la guerra. Por un lado, transfirieron ingentes recursos económicos y humanos a su tierra natal a fin de contribuir con la lucha emprendida por sus Estados constituyendo una reserva especialmente valiosa a medida que la contienda se prolongaba. Por otro, resultaron una pieza clave en la difusión en la Argentina de la causa bélica de sus naciones y en la profundización del impacto de una guerra que conmovió profundamente a la sociedad local.

Bibliografía

- FRANZINA, Emilio (2000). “La guerra lontana: il primo conflitto mondiale e gli italiani d’Argentina”. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 44.
- HOFFMANN, Katrin (2009). “¿Construyendo una ‘comunidad’? Theodor Alemann y Hermann Tjarks como voceros de la prensa germanoparlante en Buenos Aires, 1914-1918”. *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, n° 33.
- OTERO, Hernán (2009). *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Sudamericana.
- TATO, María Inés (2011). “El llamado de la patria. Británicos e italianos residentes en la Argentina frente a la Primera Guerra Mundial”. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 71.

Las sociedades de tiro suizas e italianas en la Argentina

Bárbara Raiter



La historia de instituciones fundadas por colectividades inmigrantes en nuestro país es muy rica y variada. Escuelas, sociedades de fomento, clubes, círculos literarios, periódicos son los más conocidos. Aquí queremos contar la historia de un conjunto menos conocido de estas iniciativas, la historia de las sociedades de tiro fundadas por inmigrantes en la Argentina.

Estas sociedades nacieron en la segunda mitad del siglo XIX, la mayoría de ellas ligadas a la colectividad suiza, pero también a la italiana. Probablemente, los suizos e italianos que fundaron las sociedades de tiro en la Argentina provinieran –ambos– de la región del Tirol, al norte de Italia y al sur de Suiza. En efecto, la mayor parte de los italianos que llegaron a nuestro país a fines del siglo XIX provenían del centro y del norte de Italia. Es importante recordar que lo que hoy conocemos como Italia es un estado que se unificó y se formó como tal en la década del setenta del siglo XIX; como tal, la idea de nacionalidad italiana era entonces muy reciente. Las asociaciones de suizos o italianos dedicadas a la práctica de tiro fueron las primeras en nuestro país. Entre ellas existía una relación muy estrecha, y en diarios nacionales como *La Prensa*, la denominación “suiza” o “italiana” a veces se confunde o se indica indistintamente para estas sociedades. Más avanzado el siglo XIX se crearían aquí nuevas sociedades, con una lógica asociativa distinta, conocidas comúnmente con el nombre de Tiro Federal.

Las sociedades de tiro ligadas a la sociabilidad inmigrante nacieron fundamentalmente en la región del Litoral, especialmente en las provincias de Entre Ríos y Santa Fe, tanto en ciudades importantes, como Rosario, como en pueblos y ciudades más pequeños. También se fundaron sociedades de tiro en las capitales provinciales de Tucumán.

mán y Córdoba y en la ciudad de Buenos Aires, como fue el caso Tiro Suizo Belgrano y de Tiro a Segno (sociedad italiana que funcionaba en lo que hoy es el barrio de Villa Devoto). Las sociedades de tiro suizas e italianas de nuestro país fueron: Tiro Internacional Suizo de Villa San José, 1859, en la provincia de Entre Ríos; Tiro Suizo Esperanza, 1866, en la provincia de Santa Fe; Tiro Suizo Belgrano, 1872, en la ciudad de Buenos Aires; Tiro Suizo San Jerónimo, 1872, en la provincia de Santa Fe; Tiro Suizo de Felicia, 1889, en la provincia de Santa Fe; Tiro Suizo Rosario, 1889, en la provincia de Santa Fe; Tiro Suizo Tucumán, 1891 (o 1894), en la provincia de Tucumán; Tiro a Segno Villa Devoto, 1894, en la ciudad de Buenos Aires; Tiro Suizo Córdoba, c. 1872 (sin datos fehacientes), en Córdoba y Sociedad Tiro Suizo de San Carlos Sud, c. 1860, en la provincia de Santa Fe.

El objeto común de estas sociedades era la práctica de tiro deportivo, como tiro al pichón o tiro a la paloma con armas largas, aunque también se practicaba tiro a blancos fijos tanto con armas largas (carabina, escopeta) como con armas cortas (revólver).

Por las características propias de sus actividades, estas sociedades funcionaban en las afueras de los centros urbanos, en zonas campesinas, abiertas, alejadas de los núcleos poblacionales más densos. Esta necesidad de funcionar en espacios rurales alejados se reforzó porque la mayoría de las sociedades funcionaban antes de haber construido instalaciones fijas, polígonos y stand de tiro, características de la práctica y necesarias para prevenir accidentes.

En el caso de las dos sociedades de la ciudad de Buenos Aires, hay que considerar que estaban emplazadas en barrios que se encontraban en las zonas más alejadas del centro de la ciudad. Los barrios actuales densamente poblados de Villa Devoto (donde estaba Tiro a Segno) y

Belgrano (donde funcionaba el tiro suizo) eran –a fines del siglo XIX y comienzos del XX– barrios periféricos, con grandes espacios abiertos, en los límites de la ciudad y con un paisaje más rural que urbano.

Se podía llegar a las instalaciones del Tiro Suizo Tucumán y del Tiro Suizo en Rosario, ubicados respectivamente a 15 y 4 kilómetros del centro de ambas ciudades, en ferrocarril, tranvía en el caso de Rosario y también en vehículos particulares. En el caso de las sociedades de localidades más pequeñas, como San Jerónimo, el acceso era siempre particular y es altamente probable que los asistentes se trasladaran a caballo o en carros tirados por caballos.

Las sociedades de tiro realizaban actividades prácticamente todos los fines de semana, especialmente los domingos. Las actividades de las sociedades reunían a las familias completas; en la práctica de tiro participaban hombres, mujeres y también jóvenes, que para esa época representaban a los adolescentes, como tiradores y como espectadores o público. Pero, además, la práctica de tiro, al realizarse en espacios abiertos y alejados del centro urbano, implicaba también actividades al “aire libre”, tales como comidas, pícnic, etcétera.

Además de las prácticas regulares, las sociedades realizaban concursos de tiro abiertos en los que participaban personas ajenas a la sociedad organizadora, fueran otros vecinos de la localidad o bien tiradores o equipos de tiradores vinculados a otras asociaciones de tiro. Estos concursos solían realizarse anualmente en ocasiones especiales o festivas, fueran propias de la sociedad, por ejemplo, en el aniversario de la fundación, u otra fecha importante para la colectividad. El Tiro a Segno de Villa Devoto, por ejemplo, realizaba un concurso anual de tiro que incluía distintas categorías de tiro (blancos, armas, tiradores) como parte de los festejos del XX de Septiembre.



De Rosario

Concurso anual organizado por el Segundo
tiro Suizo

Equipo ganador "2do puesto"

del tiro Federal Argentino de la Capital

representado por SRS

Ernesto Riccitelli

A. Vonder Becker

Mayor A. Arana

Juan Martino



Los concursos podían incluir también colectas de fondos, fuera para la construcción o reparación de los polígonos de las sociedades o también con fines caritativos. Un concurso organizado en junio de 1897 por Tiro a Segno de Villa Devoto y el Tiro Suizo de Belgrano fue a beneficio de la Cruz Roja Helvética.

La organización de concursos conjuntos, o bien la participación de personas o sociedades en concursos organizados por otra sociedad, eran frecuentes sobre todo en las sociedades localizadas en una misma ciudad o entre sociedades de localidades vecinas. En el caso de la ciudad de Buenos Aires era habitual la participación de tiradores de todas las sociedades de la ciudad en concursos organizados por una u otra. En el caso de Entre Ríos y Santa Fe, la participación de personas y sociedades se daba entre localidades vecinas; así, en octubre de 1898 el Tiro Suizo de Rosario –el más importante de la provincia de Santa Fe– organizó un concurso interprovincial al que asistieron distintas sociedades de la provincia.

Estos concursos solían coronarse con una fiesta de entrega de premios el domingo siguiente de la realización. En esas oportunidades participaban también vecinos y personas notables y autoridades políticas locales, provinciales o nacionales.

Durante los concursos de tiro organizados por las sociedades, estas se vinculaban entre sí y también con otras sociedades, como la Sociedad Española de Tiro al Blanco (nacida en 1896 en la Capital Federal) o también sociedades de tiro “argentinas”, las cuales nacieron en un número importante durante la década del noventa del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, a partir de distintas lógicas asociativas.

Si las sociedades de tiro suizas e italianas nacieron ligadas al mantenimiento de tradiciones de sus regiones de origen y a la defensa de





Tiro Federal, c. 1900. Archivo General de la Nación / Dpto. Doc. Fotográficos

tierras y ganado, en el caso de las sociedades de colonización agrícola, las sociedades “argentinas” lo hicieron ligadas a otro espíritu. Un primer conjunto de sociedades, nacidas entre 1887 y el primer lustro de la década del noventa, lo hicieron ligadas a una sociabilidad política que encontraba en estas asociaciones un espacio de acción. Entre ellas podemos mencionar el Tiro Federal de Bahía Blanca (1887, refundado en 1895), el Tiro Federal (Capital, 1891), el Tiro Federal San Fernando (1893), el Tiro Federal Santa Fe (1894) y los Tiros Federales de Dolores, La Plata, Mercedes, Monte Caseros, Rafaela y la Academia Militar San Luis (1895). A este conjunto se le sumaron 44 nuevas sociedades nacidas al calor de una agitación patriótica estimulada por la posible guerra con Chile entre 1898 y 1901, fomentadas por el Estado.

El escenario del conjunto de las sociedades de tiro se modificó con el cambio de siglo. Nuevas sociedades se unen al universo, pero –además– el Estado nacional comienza a jugar un rol importante al interesarse por la práctica del tiro. El Estado nacional creó dos instituciones sucesivas: la Inspección General de Tiro, en 1901, y la Dirección General de Tiro, en 1904. Desde estas instituciones, el Estado nacional otorgaba subvenciones mensuales para el funcionamiento de las sociedades de tiro “oficializadas”, así como armas, municiones, planillas de registro de tiro y blancos. La entrega de estos recursos se justificaba en la importancia de los polígonos de las sociedades de tiro como espacios donde los reservistas licenciados del Servicio Militar Obligatorio realizaban sus prácticas anuales de tiro.¹ Antes de la Ley

1 Las prácticas anuales de tiro de los hombres licenciados del servicio militar (reservistas) se encontraban previstas tanto en la llamada Ley Ricchieri (Nº 4031 de 1901) como en la Ley Godoy (Nº 4707 de 1905), que modificó parcialmente la primera.

de Servicio Militar Obligatorio, los guardias nacionales también utilizaban las instalaciones de las sociedades de tiro para sus prácticas.

En este nuevo escenario de instituciones estatales que apoyaban y controlaban, las sociedades de tiro suizas e italianas tuvieron respuestas que fueron disímiles y similares a la vez. Algunas cambiaron su nombre, como la Sociedad Tiro Suizo de Esperanza, que en 1902 pasó a llamarse Tiro Federal Argentino de Esperanza, como así también, y en el mismo año, lo hizo la Sociedad Tiro Suizo de Felicia. El caso de la Sociedad Tiro Suizo de San Jerónimo 5to. Distrito es parcialmente diferente, ya que –también en 1902– la sociedad se disolvió y donó todas sus instalaciones a la nueva sociedad Tiro Federal de la localidad.

Sin embargo, las sociedades más importantes en relación con la cantidad de socios, el renombre que tenían entre el conjunto de sociedades y su tamaño e instalaciones, como el Tiro Suizo Rosario, el Tiro Suizo Tucumán, el Tiro Suizo Córdoba y las dos sociedades capitalinas, Tiro Suizo Belgrano y Tiro a Segno Villa Devoto, no se disolvieron ni cambiaron su nombre, como el Tiro Suizo Rosario que fue refundado con nuevos estatutos en 1903 pero no cambió su denominación.

El hecho de que algunas sociedades cambiaran su nombre o se disolvieran mientras otras se mantuvieran con el mismo nombre y características (solo “acomodando” estatutos), creemos que tiene que ver con las características propias de cada sociedad, su importancia en la localidad y su impronta identitaria.

En las ciudades grandes, como Rosario y Buenos Aires, se crearon también tiros federales como asociaciones nuevas, surgidas desde núcleos de sociabilidad distintos y en barrios diferentes de aquellos

en los que se localizaban los tiros suizos o italianos. La permanencia de las sociedades de origen inmigrante con sus nombres originales les brindaba una marca identitaria que les permitía, a la vez, identificarse y distinguirse. Por otro lado, estar en poblaciones grandes, donde tenía algún sentido la existencia de más de una asociación de tiro (o de club de fútbol), les daba más visibilidad. En las pequeñas localidades de Esperanza o San Jerónimo no existían tantas asociaciones y lugares de esparcimiento, y claramente no habría dos que compitieran por el mismo núcleo de sociabilidad. Por lo tanto, en estos casos todos los vecinos sabían que, sin importar el nombre de Tiro Federal, la sociedad de tiro de la localidad era una sociedad “suiza”, así había nacido. Distintas localidades y pueblos eran reconocidos, y fueron durante mucho tiempo recordados, como colonias asociadas a una nacionalidad inmigrante, aunque en sus denominaciones (los pueblos o sus sociedades) no contuvieran ningún término que los asociara directamente. Es altamente posible que “todos supieran” que Esperanza era una colonia suiza, de suizos (aun sus hijos y nietos, ya argentinos), aunque el término no apareciera en su sociedad de tiro o en el nombre del pueblo).

Con independencia de la denominación o las lógicas asociativas que habían dado nacimiento a la sociedad de tiro, hacia principios de siglo XX las sociedades de tiro, los socios y los tiradores de estas participaban de una red de sociabilidad compuesta por todas las sociedades del país. Los concursos organizados por ellas atraían a tiradores individuales y equipos de tiradores de diversos puntos del país, especialmente en los que se llamaban “concursos anuales”. El atractivo de los concursos tenía que ver con la importancia de la sociedad de tiro que la organizara, la variedad de categorías de tiro y también



Tiro Federal, c. 1900.



Concurso internacional de Tiro, Reims, 1924.
Archivo General de la Nación / Dpto. Doc. Fotográficos

Nº DE NEGATIVO

los premios que ofrecían. En este caso, las más importantes eran las sociedades grandes, como el Tiro Suizo de Rosario, Tiro a Segno de Villa Devoto, Tiro Suizo de Belgrano y también los Tiros Federales de Capital, La Plata, Bahía Blanca y Concordia, entre otros.

La reconstrucción de la historia de las sociedades de tiro de origen inmigrante, suizas e italianas, nos ha permitido conocer un poco más un aspecto, quizás no demasiado transitado, de costumbres que grupos de inmigrantes introdujeron en la Argentina. A su vez, en la historia de las sociedades de origen inmigrante y otras sociedades argentinas vimos su estrecha relación e intereses mutuos al participar en actividades comunes, con intereses similares y con una relación con el Estado nacional, que tuvo un recorrido similar.



Maestro Giacomo Puccini de caza, 1905.



Tiro Federal, 1903.

Bibliografía

- DEVOTO, Fernando (2003). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- KORN, Francis (comp.) (1983). *Los italianos en la Argentina*. Buenos Aires: Fondazione Giovanni Agnelli.
- RAITER, Bárbara (2016). “Ciudadanos y soldados. El Tiro Federal Concordia de la República Argentina, 1898-1923”. *Revista Universitaria de Historia Militar (RUHM)*, vol. 5, n° 9, enero-junio. Disponible en <http://ruhm.es/index.php/RUHM/article/view/154>.
- (2014). “Discursos y prácticas. La política en las sociedades de tiro”. *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, año XCI, n° 588, noviembre-diciembre.
- (2015). “‘Que cada ciudadano sea un buen tirador’. Ciudadanía y Nación a través de los editoriales de Tiro Nacional Argentino”. *PolHis*, año 8, n° 15, enero-junio, pp. 47-65. Disponible en <http://polhis.com.ar/index.php/PolHis/article/view/79>.
- ROLDÁN, Diego y GODOY, Sebastián (2016). “Deporte, cultura física, espacios e identidades. El Tiro Suizo de Rosario (1889-1924)”. *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 13, n° 30, enero-abril, pp. 237-260.



Tiro Federal Argentino [Rosario]
ganadores del trofeo Vassalli, 1922.



Uspallata, c. 1960. Archivo IIAC

De París a Buenos Aires.
Franceses, prostitución y trata
de blancas durante la Gran Guerra

Vanesa Rodriguez



Durante la Gran Guerra, académicos, intelectuales, diplomáticos, periodistas, corresponsales de guerra, artistas, funcionarios públicos, entre otros actores sociales y políticos, jugaron un rol clave al formar parte directa o indirectamente de un proceso propagandístico (no siempre consciente) a favor de sus naciones y en contra de sus enemigos bélicos con el fin de influir en la opinión pública local.

En dicha coyuntura, los agregados militares franceses comenzaron a preocuparse por las supuestas acusaciones propagandísticas germanófilas que asociaban a los franceses con la trata de blancas, el rufianismo y la prostitución femenina en la Argentina. Estos denunciaban la presencia de una maliciosa propaganda alemana que sindicaba a Francia como responsable de tráfico de blancas a partir de la presencia de prostitutas y proxenetas de nacionalidad francesa en la Argentina.

Dichas vinculaciones formaron parte de una imagen colectiva cuyo eco fue muy importante en la comunidad al traspasar las fronteras y despertar el interés del periodista Albert Londres, quien viajó secretamente a Buenos Aires en el año 1927 para realizar una investigación *in situ*. Los resultados fueron publicados el mismo año en el libro *El camino de Buenos Aires. La trata de blancas*.

Aproximaciones a la prostitución femenina reglamentada

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, las principales ciudades de la Argentina se encontraban inmersas en un evidente cambio urbano y habitacional además de ideológico, económico, político y social, orquestado en gran medida por el arribo de la sociedad aluvial. En el año 1876 se impulsa la ley de inmigración y colonización que fa-

vorecía la llegada de inmigrantes europeos al país y generó una movilidad que fue íntimamente asociada a la prostitución femenina como a la “trata de blancas”.¹ En los primeros años llegaron al país aproximadamente 300.000 inmigrantes, que en su mayoría eran hombres solteros.

Entre las profundas transformaciones se encuentra el avance de la prostitución femenina, la cual debía ser reglamentada por ser considerada un “mal necesario”. Los médicos higienistas consideraban que los hombres solteros inevitablemente requerirían los servicios de las mujeres prostitutas y que el control de dicha actividad lograría evitar la propagación de enfermedades venéreas. Las sugerencias de los médicos higienistas fueron llevadas a cabo a través de diferentes leyes, reglamentos y ordenanzas. Varias ciudades del país adoptaron el modelo parisino de reglamentación prostibularia, esencialmente por la significativa francofilia en el imaginario político y cultural de las elites. Asimismo, la ausencia de una cura efectiva para las enfermedades sifilíticas así como sus funestas consecuencias sanitarias, personales y sociales promovieron la estigmatización de quienes padecían dichas afecciones. Las mujeres que ejercían el comercio sexual eran juzgadas y apartadas por ser consideradas propagadoras de las enfermedades venéreas, y los rufianes eran condenados por su asociación con el proxenetismo y el tráfico ilegal de mujeres europeas para el ejercicio del comercio sexual.

¹ Forma de esclavitud sexual. Las víctimas de trata suelen ser reclutadas mediante engaños y trasladadas hasta el lugar en el que serán explotadas. En 1890 se utilizaban el concepto “trata de blancas” para diferenciar a las esclavas sexuales traídas de Europa de los esclavos traídos de África.

Las ciudades argentinas que reglamentaron el comercio sexual femenino orquestaron ordenanzas particulares e incluso diferentes. Rosario presentaba ciertas peculiaridades, como la existencia de una zona prostibularia en torno a la calle Pichincha. Buenos Aires tenía calles vinculadas al comercio sexual, como el Paseo de Julio y la llamada “calle del pecado” en el barrio de la Parroquia Monserrat. Ambas ciudades formularon políticas relativas a la profilaxis sanitaria y social que incluían medidas tanto preventivas como represivas. Entre las primeras se encuentra la profilaxis de las llamadas enfermedades venéreas.

A partir de entonces y hasta la sanción de la Ley 12.331 o Ley de Profilaxis antivenérea, que deja atrás el criterio reglamentario que regía en diferentes ciudades del país, las mujeres registradas vivieron sometidas a un control sanitario periódico, obligadas a cumplir con ciertas reglas y pautas de vida. Dichos controles fueron virando a lo largo de los años por diversos motivos.

En la Argentina la comunidad francesa llegó a ocupar el tercer lugar del flujo migratorio arribado y fue la más importante de Latinoamérica. Probablemente por la antigua y significativa presencia de la comunidad en el país, la asociación francesa con la prostitución, el rufianismo y la trata de personas, aunque de manera mucho más atenuada, existía antes del conflicto bélico. Los sectores germanófilos aprovecharon y profundizaron ese estigma para desprestigiar a Francia y volcar la opinión pública argentina a su favor.

Los agregados militares frente a la propaganda antifrancesa

El estallido de la Primera Guerra Mundial generó un gran interés y preocupación en las comunidades y produjo una profunda y radical



Prostituto en Rosario, década 1930. Archivo Bemi

polarización de la sociedad entre germanófilos y aliadófilos o entre neutralistas y rupturistas. A partir de entonces, se construyó una imagen del enemigo que consolidaba estereotipos preexistentes, se generalizó el odio hacia ese enemigo y se normalizó la violencia, por ejemplo, a través de ataques propagandísticos.

En esa coyuntura, los sectores francófilos junto con los diplomáticos franceses salieron en defensa de las graves acusaciones planteadas por la propaganda germanófila. Inicialmente el apoyo popular a la guerra surgió de la persuasión y de la autopersuasión, la represión era utilizada en caso de que la persuasión fracasara. Durante los dos primeros años de guerra, Francia se caracterizó por utilizar la persuasión y por tener un grado significativo de automovilización de la sociedad civil. Pero cuando los efectos de la prolongación de la guerra, la gran cantidad de bajas y el agotamiento de los soldados se hicieron sentir, los países beligerantes adoptaron un rol intervencionista.

En la Argentina, los francófilos buscaron mantener el ideal de nación latina, republicana, ilustrada, civilizada afianzando el sentido de pertenencia y hermandad. Los ataques ocasionados por la propaganda antifrancesa debilitaban dicho ideal. Las denuncias sobre la existencia de mujeres francesas víctimas de trata de blancas a causa del accionar de rufianes franceses fueron una preocupación constante del gobierno francés y alarmaron a los agentes diplomáticos franceses en la Argentina.

Los agregados militares franceses desarrollaban funciones que abarcaban el mundo diplomático y el militar, llevaban a cabo tareas de espionaje, propaganda e inteligencia y eran ayudantes de campo del embajador en materia militar. Además, velaban por el cumplimiento de las leyes francesas referidas al servicio militar y colabora-

ban con la logística para el envío de soldados al frente de guerra. Su objetivo, esencialmente, consistía en reducir la influencia alemana en la Argentina y lograr el fin de la neutralidad.

La respuesta a la movilización militar generó una brecha profunda entre quienes respondieron al impuesto de sangre y quienes lo rechazaron. A pesar de la preocupación que generó entre la diplomacia francesa la existencia de desertores, el ejército francés logró un importante reclutamiento de soldados voluntarios argentinos.

Si bien hubo voluntarios entre los soldados argentinos ubicados en la Legión Extranjera, también otros hombres decidieron transformarse en desertores sin importar demasiado la consecuente penalidad.

La propaganda alemana local sindicaba a Francia como responsable de la trata de blancas a partir de la presencia de prostitutas y proxenetas de esa nacionalidad en el país. En la Argentina, a diferencia de otras comunidades inmigratorias, existía una alta proporción de mujeres francesas, las cuales se empleaban en prostíbulos o en trabajos asociados al comercio sexual ilegal. Otro problema que prestaba a la confusión y/o permitía camuflar el accionar de las organizaciones rufanescas era la práctica de los europeos de entrar al país como uruguayos, costumbre que tenía una larga tradición y que fue observada en el informe de la Liga de las Naciones del año 1927 sobre la trata de blancas. A ello se sumaba la habitual práctica entre algunas mujeres prostitutas de cambiar su nombre para hacerse pasar por francesas, ya que estas eran más cotizadas en el mercado sexual por resultar más atrayentes y refinadas.

La vinculación entre la prostitución de mujeres francesas, la trata de blancas y los rufianes de origen francés estaba presente en los informes de los agregados militares y en el imaginario popular; los

alemanes y sus seguidores aprovecharon esa asociación para desprestigiar a Francia durante la guerra. Si tenemos en cuenta las fechas de los expedientes, podemos verificar que también durante períodos de paz los agentes consulares enviaban informes a Francia que advertían sobre las condiciones de vida de las mujeres francesas que ejercían el comercio sexual, el mundo de la trata de blancas y denunciaban el reclutamientos de francesas en Lorena y París para ser enviadas a Buenos Aires a través del puerto de Marsella

No se encontró ninguna fuente que confirme las acusaciones que refieren los agentes franceses; es decir, propaganda alemana o germanófila al respecto. Esta limitación impide profundizar algunos temas: las estrategias, los discursos producidos, los posibles conflictos o divergencias, etcétera. Con todo, la información brindada por los agregados militares franceses permite advertir una parte del contenido de la propaganda antifrancesa, las estrategias implementadas en el uso de estigmas o prejuicios presentes antes de la guerra, la vigencia del discurso o relato desencadenado, algunas preocupaciones presentes entre los agentes militares franceses y los puentes establecidos con la comunidad.

Investigación secreta sobre Le Milieu

Albert Londres, periodista e investigador francés, llegó a Buenos Aires en el año 1927 para detectar el *modus operandi* de los rufianes franceses en el tráfico de personas. Su labor consistía en mostrar el escenario en el que se desarrollaba la trata de blancas, el modo de operar de los rufianes franceses, la vida de las mujeres prostitutas, la complicidad de las autoridades municipales y policiales, y las fachadas existentes alrededor del comercio sexual.

Su pesquisa comenzó en los arrabales parisinos e inmediatamente, durante el viaje, descubrió el camino y las artimañas de los rufianes franceses para no ser detenidos. Al arribar a la ciudad se contactó con los hombres de Le Milieu. De acuerdo con Londres, el desarrollo de Le Milieu se produjo entre los últimos años de la Primera Guerra Mundial y la posguerra.

A través de su relato, describe el accionar de los rufianes franceses en Buenos Aires con una importante carga de subjetividad, dedica un pequeño espacio a las mujeres prostitutas e incluye especificaciones sobre la jerga utilizada en el mundo de la trata. Además, denuncia la presencia de enfermedades venéreas entre las francesas, señala la complicidad de la policía u otras autoridades en la trata de blancas y se refiere a los desertores y/o pensionados de guerra. Londres encontró rufianes franceses desertores de guerra, hombres que prefirieron el destierro a luchar y dar la vida por la patria, lo cual condice con las denuncias y advertencias que realizaban los agregados militares franceses.

Asimismo, diferencia el accionar de las jerárquicas organizaciones polacas con el de Le Milieu, constituido por delincuentes, expresidarios, desertores, pensionados de guerra y marginales franceses. Según Londres, los rufianes franceses no constituían una mafia u organización rufianesca centralizada, pero, igualmente, competían con las organizaciones rufianescas provenientes de Europa Oriental, como los polacos o judíos y, en menor medida, con los rufianes criollos llamados por ellos “cafés con leche”. Londres sostiene que la verdadera trata de blancas es llevada a cabo por las organizaciones polacas o judías, las cuales buscan mujeres inocentes en los sitios más humildes.

En cambio, de acuerdo con Londres, las francesas eran traídas previo consentimiento ya que buscaban salir y sacar de la miseria a su



Archivo IAC

Francia

France

familia. A pesar de no catalogarla como una organización de tratantes de blancas, descubre que Le Milieu tiene mujeres en Rosario, Santa Fe y Mendoza. Por ello también viaja a Rosario e incluye en su informe las experiencias, observaciones e impresiones obtenidas en su visita a una casa francesa (un prostíbulo de mujeres francesas) y subraya que las francesas son las mujeres prostitutas con el valor más alto del mercado.

Asimismo, la investigación de Londres deja constancia del conocimiento del Consulado de Francia en Buenos Aires con respecto a la presencia de francesas que ejercían la prostitución. Finalmente, subraya que la prostitución femenina y la trata de blancas son productos de la miseria; por ello considera que no se debe luchar contra los rufianes ni contra las casas de tolerancia, sino contra la extrema pobreza.

Si bien la Primera Guerra Mundial fue un acontecimiento de capital importancia en la historia, son escasos los trabajos que mencionan los vínculos entre los desertores de guerra y el rufianismo francés sobre las mujeres francesas que arribaron a la Argentina para ejercer la prostitución. Consideramos que los sectores germanófilos utilizaron en la propaganda antifrancesa representaciones existentes antes del conflicto bélico buscando desprestigiar a la nación gala. Asimismo, entendemos que dichas acusaciones alimentaron distintas acciones y reacciones, por ejemplo, en los agentes militares franceses o el periodismo de investigación.

Con respecto a las propagandas germanófilas, no encontramos ejemplos concretos que respondan a los temores contenidos en los informes de los agregados militares franceses. Utilizando el libro de Londres fue posible entrever los vínculos entre el rufianismo francés,

la prostitución francesa y la trata de blancas. Como pudimos observar, eran temas o problemáticas recurrentes en la Argentina en tiempos de la Gran Guerra y la primera posguerra.

Bibliografía

- GUY, Donna J. (1991). *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires 1875-1955*. Buenos Aires: Sudamericana.
- LONDRES, Albert (2008). *El camino de Buenos Aires. La trata de blancas*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- MÚGICA, María Luisa (2014). *La ciudad de las Venus impúdicas. Rosario, historia y prostitución, 1874-1932*. Rosario: Laborde.
- OTERO, Hernán (2009). *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2009). “Yrigoyen y la Argentina durante la Gran Guerra según los agregados militares franceses”. *Estudios Sociales*, n° 36, primer semestre.
- TATO, María Inés (2012). “Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos frente a la Primera Guerra Mundial”. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas. Anuario de Historia de América Latina*, n° 49.

Una comunidad de refugiados construyendo su legitimidad pública: los sobrevivientes del Holocausto en la Argentina durante la guerra de los Seis Días

Emmanuel N. Kahan

OFF, 22 años,

de bien de qué problema, por a bastante con- un juegan muchos nista del Estado e un hecho in- crecerable. Pero muy difícil. E por de viajar dijo que sólo er conclusiones cuando se pue- los culpables bonpartista de a Israel, el im- icano y la po- en miras a la n- la política de osas: mudas reses económi- os, odios ance-) están, como ncidentes. La a, nada en la a: para conse- ara forzada a los años en la por ninguno. que el camino a intervenir [mi] guerra.



AURELIO FERNANDEZ, español (de Asturias), casado, 52 años, propietario de un quinceo en Independencia y Rioja.

Yo no quiero saber nada con guerras. Es una palabra que me espanta, porque he pasado 39 meses en la guerra civil española, combatiendo en el ejército republicano, con el resultado de ver a mi patria hecha pedazos y de quedar inválido. Por eso, si alguien lee los diarios. No me interesa para nada qué pasa en Oriente. Por mí pueden seguir peleando y matarse. No pienso preocuparme por otra cosa que mi queso y mi subsistencia. Las guerras no me interesan. No quiero oír hablar de ellas. Que se maten los judíos y los árabes, ahí, en su territorio.

EL TRILNICK, 27 años, de Filadelfia.

El primer lugar, opto por la sobrevivencia del Estado de Israel, porque un pueblo que a través de muchos años ha seguido unido a través de lacones como la lengua y la religión, y que, además, se cuenta nación, tiene derecho a serlo. Yo no estoy con la política del gobierno israelí, pero eso es un problema distinto. Ahora juegan demasiadas cosas, al mismo tiempo, como para anclar las circunstancias en esas mas. Los árabes no han emprendido esta guerra en nombre del antisionismo solamente. La han llamado "guerra santa", cosa que demuestra que están impulsados tanto por motivaciones, claras en el plano político, como por elementos irracionales. Por el lado israelí, los factores irracionales también se manifiestan, al considerar que esto es una nueva muestra de antisemitismo y de ataques de los enemigos de terminar con los judíos. Hecho al momento, no hay nada claro. Pero Israel, como país, tiene derecho a seguir existiendo. Al margen de que yo apurobe o no la política que siguen en el Medio Oriente. Si tuvieran que tomar los árabes: Por Israel, sin duda.



GUSTAVO LAVISTA LLANOS, 22 años, estudiante.

Israel tiene razón, porque los árabes han cerrado un paso internacional (el golfo de Akaba), y eso, desde el punto de vista del derecho internacional, es algo gravísimo. Claro que la situación se ha desatado solamente por el golfo bloqueado, sino que se remonta a la guerra de Sinaí, y a circunstancias no tan claras, como las del odio que Nasser, personalmente, puede sentir hacia los judíos. El territorio de Israel fue un los primeros tiempos un desierto, y ahora es un lugar lleno de vegetación sobre el que se levanta un país con un alto grado de desarrollo. Tiene, por supuesto, derecho a seguir existiendo, y derecho a defenderse ante la agresión árabe.

UDIOS

país situado ar Mediterrá- e casi 2.000 a la dispersión medio siglo primer con que se celebra, el pueblo de mayo de su independencia y la climax de la áptica década. En la Euro- l, sobre una a de 9 millo- aproximada- 1.000 habían ados por los ca de 2 mi- en la Unión mudo judío educido de n 1939 a 11 ximadamente ellos, 5 millo- en los Esta- Norteamérica.



La guerra de los Seis Días tuvo lugar entre el 5 y el 10 de junio de 1967 y enfrentó al ejército de Israel con las Fuerzas Armadas de Egipto, Jordania, Irak y Siria. Tras el retiro, a pedido de Egipto, de las tropas de las Naciones Unidas de la frontera con Israel, este inició un ataque preventivo contra la Fuerza Aérea egipcia que se extendió a otras fronteras. Al finalizar la contienda, Israel había anexado nuevos territorios: las Alturas del Golán, la península del Sinaí, la Franja de Gaza y Jerusalén Este, donde se encuentra la vieja ciudadela.

Durante aquellos días se resquebrajaron ciertos sentidos, solidaridades y representaciones que diversos actores sostuvieron en torno a la existencia y legitimidad del Estado de Israel. Las solicitadas, movilizaciones y condenas públicas evidenciaron la presencia destacada que el conflicto árabe-israelí tendría en el espacio público en la Argentina. Entre quienes se movilaron al calor de la contienda, se encontraban los miembros de Sherit Hapleitá, la asociación en la Argentina de sobrevivientes de la persecución nazi. En aquellos días, los miembros de la organización desplegaron un amplio abanico de acciones tendientes a sostener la legitimidad de la estrategia bélica israelí: desde movilizaciones en la vía pública hasta envío de telegramas solicitando el apoyo internacional.

Durante los días previos al inicio de la guerra, cuando la tensión entre Israel y Egipto estaba en aumento, tuvo lugar una serie de acontecimientos que marcaron el curso de acción de la organización de sobrevivientes del Holocausto en la Argentina y que, de algún modo, precipitaron su reconocimiento público más allá de los marcos institucionales de la comunidad judía. En primer lugar, el 27 de mayo de 1967, durante un acto en el Club Atlanta de la ciudad de Buenos Aires, asumió la presidencia de Sherit Hapleitá José Moskovits. En su

discurso de asunción estableció algunos lineamientos interpretativos acerca de la dinámica del conflicto en Medio Oriente que caracterizarían el discurso de la organización: allí se responsabilizaba por las “agresiones” contra el Estado de Israel “a los criminales de guerra nazis (generales y oficiales de las SS) que se escaparon a Egipto y Siria y que hoy –al igual que en tiempos del nazismo– están ocupando posiciones relevantes en esos países que pretenden eliminar al pueblo judío”.

La tónica del discurso establecería una filiación entre la experiencia de quienes fueron perseguidos por el nazismo y aquellos que fundaron el Estado de Israel: “Nuestro grito es de dolor por los seis millones asesinados por el régimen nazi. Nuestro grito es por los héroes caídos en Israel quienes dieron su vida y su juventud por el Estado y el pueblo judío”. Finalmente, estas consideraciones fueron acompañadas por una invitación a ocupar un rol más activo por parte de los sobrevivientes: “¿Cómo es posible que nosotros, sobrevivientes del Holocausto, estemos mudos frente a esta amenaza latente? [...] ¡Debemos gritar para que el mundo nos escuche!”, seguía Moskovits.

Las definiciones de Moskovits sobre el conflicto en Medio Oriente marcarían la posición de Sherit Hapleitá en torno de las “amenazas” sufridas por Israel. A pocos días del acto en Atlanta, la organización desplegó su primera estrategia pública de posicionamiento y denuncia a través del envío de telegramas a diversos Estados nacionales y organismos internacionales.¹ El texto, con membrete de la Sociedad

1 Los telegramas tuvieron los siguientes destinos: Santa Sede en el Vaticano, Secretaría General de Naciones Unidas, Secretaría General de la Organización de Estados Africanos, Secretaría General de Organización de Estados Americanos y autoridades de los siguientes países: Argentina, Bélgica, Brasil, República Centroafricana, España, República Democrática de Alema-

Israelita en la República Argentina de las Víctimas de Persecuciones Nazis, rezaba en términos generales:

Nosotros los sobrevivientes del terror nazi protestamos contra las amenazas de Nasser de destruir el Estado de Israel con la ayuda de los criminales de guerra aislados en Egipto quienes quieren propagar la política de Hitler. Conociendo su empeño para mantener la paz en el mundo le rogamos todos sus esfuerzos para mantener la paz en Medio Oriente (Telegrama al doctor José A. Mora, Secretario General de la Organización de Estados Americanos, 30 de mayo de 1967).

Como en las palabras vertidas durante la asunción del presidente de la organización, el eje de los telegramas estaba puesto en identificar la experiencia de los sobrevivientes del nazismo con la situación amenazante que atravesaba Israel poco antes de que se iniciara la guerra, el 5 de junio de 1967. En los documentos puede corroborarse la puesta en relación de los criminales de guerra con la figura de Nasser, el líder político egipcio, a la vez que la de quienes sobrevivieron al terror nazi y que pueden dar cuenta de la angustia por el destino que acechaba al Estado hebreo.

El envío de los telegramas fue acompañado por la difusión, a través de medios periodísticos, de la iniciativa desplegada por Sherit

nia, República Federal de Alemania, Australia, Austria, Camboya, Canadá, Costa Rica, Checoslovaquia, República de Dahomey, Dinamarca, El Salvador, Estados Unidos de América, Grecia, Guatemala, Gran Bretaña, Holanda, Hungría, Indonesia, Italia, Irán, India, Jamaica, Japón, Mongolia, Nueva Zelanda, Confederación Suiza, Nepal, México, Noruega, Polonia, Paraguay, Portugal, Rumania, Suecia, Túnez, Turquía, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Uruguay, Yugoslavia, Etiopía y Francia.

Hapleité. Las solicitadas aparecidas en *Clarín*, *Crónica*, *La Razón*, *La Prensa*, *Buenos Aires Herald* y *Argentinisches Tageblatt* con el texto de las misivas enviadas a las delegaciones diplomáticas otorgaron estado público a la estrategia de la organización y promovieron una serie de respuestas de carácter público y, también, privado. En primer término, la Comisión Argentina de Apoyo a Israel Agredida difundió otra solicitada en solidaridad con la iniciativa de los sobrevivientes del Holocausto en la Argentina. El documento mostraba un amplio respaldo a los argumentos sostenidos por Israel en el contexto de la contienda en 1967 por parte de destacadas personalidades del ámbito político, cultural e intelectual.²

Nosotros, integrantes del pueblo argentino, por nuestro hondo sentimiento de justicia y profunda vocación de libertad, nos dirigimos a todos los amantes de la paz a fin de que expresen su solidaridad con el democrático Estado de Israel, en la lucha por su existencia en la Tierra Sagrada de la que emanaron los principios éticos sobre los que se basa la convivencia de todos los hombres civilizados.

Esta iniciativa de orden público fue complementada con el envío de telegramas de recepción de la nota enviada por Sherit Hapleité por parte de algunas delegaciones diplomáticas –Jamaica, República Fe-

2 Se pueden destacar Alfredo Alcón, Adolfo Bioy Casares, Pepe Biondi, Jorge Luis Borges, Silvina Bullrich, Arturo Capdevila, Bernardo Canal Feijóo, Dardo Cúneo, Américo Ghioldi, Eva Giberti, Arturo Illia, Alicia Moreau de Justo, Mirtha Legrand, Ulyses Petit de Murat, Enrique Pichon Rivière, Federico Pinedo, Carlos Sánchez Viamonte, Luis Sandrini, Silvano Santander, entre otros.

deral de Alemania, Suiza, Australia, Austria– y cartas de particulares dirigidas a José Moskovits ilustrativas de los apoyos y reconocimientos en torno a la estrategia “diplomática” desplegada por la organización de sobrevivientes.

En la mañana del 5 de junio de 1967, el mismo día en que comenzó la contienda, Sherit Hapleitá realizó una movilización a la sede de la delegación diplomática de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. De acuerdo con las crónicas periodísticas, participaron entre 250 y 500 personas que se manifestaron contra el apoyo de la Unión Soviética a los países árabes. Las consignas utilizadas, como en el caso de los telegramas y el discurso de Moskovits, equiparaban la figura de Nasser con la de Hitler: “No habrá otra alianza Stalin-Hitler”, “Que la Unión Soviética no apoye la destrucción de Israel”, “Frenen a los nazis del Nilo”.

La movilización de los sobrevivientes adquirió algunos rasgos singulares: en primer término –y como puede verse en la imagen– algunos de ellos se presentaron con distintivos que pudieran reconocerlos en el espacio público como sobrevivientes del Holocausto: estrellas de David amarillas en las solapas de los sacos y trajes a rayas como los que portaban quienes estuvieron en campos de concentración y exterminio.

El uso de esta vestimenta cautivó a los cronistas, quienes desconocían su origen –“Entre los manifestantes se destacaba notoriamente a un hombre adulto que sobre su traje de calle vestía un saco y pantalón a rayas blancas y negras que según nos informaron era el uniforme que los nazis obligaban a usar a los judíos en los campos de concentración”, comentaba *La Prensa* –o se reían de ellos –“Uno de ellos [los manifestantes] vestía un uniforme similar a los que usaron los judíos

Guerra de comunicados en Buenos Aires con mutuas acusaciones

A fin de obtener una opinión acerca de la situación en Medio Oriente de las autoridades más representativas

de la colectividad judía en Argentina, se delegó al doctor Tobías Kamenetzky, presidente de la Asociación de Israelitas Argentinos. "Hasta más adelante", dijo.

Organización

En la Organización Sionista pudo conocer al doctor Tobías Kamenetzky, presidente de la Asociación de Israelitas Argentinos. "Hasta más adelante", dijo.

Esta tarde, el doctor Kamenetzky, presidente de la Asociación de Israelitas Argentinos, se comunicó con el doctor Tobías Kamenetzky, presidente de la Asociación de Israelitas Argentinos.

En la Liga

El señor Pomad Chayeb, ministro consejero, director de la Oficina de la Liga de los Estados Árabes en Argentina, declaró: "Desde hace dos meses los árabes decían que..."

tivamente así ocurrió. Fueron capturados los árabes y éstos reconocieron haber recibido órdenes de Chayeb...

Por su parte, la Liga Árabe ya había tomado medidas para impedir las acciones de los árabes, por lo general, en tales circunstancias, de la Oficina de la Liga Árabe, incurrido en una condena, de la absoluta calma que en todas las de países beligerantes o no, se han tomado medidas de seguridad. En nuestras reuniones de la Liga Árabe, donde los comités de la Liga Árabe...

Uno de los integrantes de la manifestación muestra el uniforme que llevaba en los campos de exterminio nazi. ¡Israel-Argentina!, gritaban.



GRUPO DE MUJERES israelitas residentes en la Argentina. El recuerdo de los campos de concentración. Llevó sus ojos de lágrimas.



El señor Pomad Chayeb, ministro consejero, director de la Oficina de la Liga de los Estados Árabes en Argentina, declaró: "Desde hace dos meses los árabes decían que..."

Uno de los integrantes de la manifestación muestra el uniforme que llevaba en los campos de exterminio nazi. ¡Israel-Argentina!, gritaban.



NUMEROSOS miembros de la colectividad judía radicada en nuestro país efectuaron una manifestación frente a la embajada de la Unión Soviética pidiendo la no intervención de ese país en el conflicto del Medio Oriente.

GRUPO DE MUJERES israelitas residentes en la Argentina. El recuerdo de los campos de concentración. Llevó sus ojos de lágrimas.

en los campos de concentración de Alemania. Le iba muy ajustado. Ya habían pasado muchos años...!”, se leía en la revista *Gente*-. La descripción de *Crónica* destacaba el mayor número de mujeres entre quienes se movilizaban y *Gente* resaltaba que algunas de ellas se quitaban los abrigos y “mostraban sus brazos, en los que se podían ver números grabados en forma indeleble. También eran un recuerdo de los campos de concentración”.

Estas puestas en escena de la condición de víctimas singulares centraron las crónicas periodísticas en las que se destacaba el lugar de los sobrevivientes del Holocausto en la movilización de apoyo a la causa israelí durante la contienda. Sin embargo, la estrategia de visibilizar el reclamo a través de su aparición en el espacio público como “sobrevivientes” no produjo –como vemos en las crónicas citadas– una empatía con estas víctimas; antes bien, podían desconocer su experiencia, burlarse de sus composturas debido al paso del tiempo o descalificarlos, como lo hizo el cronista de *La Nación*, tratándolos de “revoltosos”.

En segundo lugar, las crónicas fueron divergentes en su evaluación de los “incidentes” acaecidos durante el desarrollo de la movilización. A poco de congregarse la multitud frente a la sede de la delegación diplomática, arribó un patrullero de la Policía Federal que solicitó a los presentes que se dispersaran. Mientras algunos periódicos destacaron el trámite normal de la desmovilización, *La Prensa*, *Clarín*, otros consignaron las fricciones con la delegación policial, *El Mundo*, *Buenos Aires Herald*, *Gente* o *Crónica*, que subrayó:

En esos momentos llegó un patrullero de la seccional 17ª a cargo de un oficial y se evitó la entrada de los manifestantes a la citada sede diplomática. La única escena

de relativa violencia se produjo entre policías y el señor Moskovits, quien afirmó: “Nosotros queremos evitar que se consume un nuevo pacto como el que en 1939 hicieron Stalin y Hitler”. Hubo un pequeño forcejeo y medió la esposa de Moskovits: “Sus padres y hermanos murieron en un campo de concentración”. Posteriormente un sargento de la comisaría 17ª tras empujar a un periodista le dijo a una señora de edad: “Mejor váyase o esto va a ser peor que en Alemania”.

Cuando la movilización estaba terminando –a pedido de la delegación policial–, los manifestantes gritaron algunas consignas –“Queremos paz”, “No queremos la destrucción atómica del mundo”, “No queremos más hornos crematorios” y “Viva el gobierno argentino”– y arrojaron las estrellas amarillas que portaban en las solapas de sus sacos en la puerta de la Embajada soviética.

La movilización tenía por objeto entregar una misiva en nombre de los sobrevivientes del Holocausto al embajador soviético en la Argentina. Si bien las autoridades consulares se negaron a recibirla, fue enviada posteriormente por correo a la Embajada. En ella se destacaba el papel jugado por la Unión Soviética durante la sesión de partición de Palestina en la Organización de Naciones Unidas en 1947, pero advertía los peligros de la postura frente a la contienda en 1967: “Consideramos que la actitud de la URSS lejos de contribuir a la causa de la paz mundial, la convierte en principal responsable por instar a los países vecinos al Estado de Israel, para que puedan emprender una campaña de total aniquilamiento, que públicamente proclaman”. Sin embargo, los episodios de mayor tensión durante los días del conflicto enfrentaron a organizaciones judías con las agrupaciones del

nacionalismo de derecha. En particular, y como respuesta a las acciones desplegadas por Sherit Hapleitá, Guardia Restauradora Nacionalista envió una nota al presidente de la Nación, Juan Carlos Onganía, firmada por su titular, Augusto Moscoso, y reproducida en *La Razón*, en la que objetaba la posición de los sobrevivientes del Holocausto:

... la absurda comunicación enviada a V.E por una asociación de pretendidas víctimas de las persecuciones nazis residentes en Argentina, lo que obliga a reflexionar sobre estas entidades de inadaptados, que no declinan su interés de trasladar a nuestra patria sus odios injustificados. [...] Proponemos, en consecuencia, prohibir la existencia de organizaciones de extranjeros que se resisten a asimilarse integralmente, así como la realización de actos que agraven el sentimiento de otros residentes o contradigan la política argentina y enviar a Israel, sin posibilidad de regreso, a los israelitas que protesten públicamente contra las amenazas de Nasser.

La proclama de GRN fue acompañada por una serie de acciones callejeras lideradas por los militantes de Tacuara. El 16 de junio, los jóvenes nacionalistas se concentraron frente a la Embajada de Siria, donde repartieron volantes con consignas antisionistas –“Contra el imperialismo yanqui-judío apoyamos la lucha por la liberación de Palestina ocupada por el sionismo internacional”– y gritaron consignas antisemitas: “Mueran los judíos” y “Aserrín, aserrán, ¿los judíos dónde están?”. Una situación similar se vivió unos días después, durante la jornada de despedida de los voluntarios que viajaban a Israel desde el puerto de Buenos Aires, cuando un camión con jóvenes militantes del nacionalismo de derecha se acercó hasta la dársena y

PROTESTA LA EMB

FRENTE al edificio q
de Repúblicas Soc
ña 2741) se efectuó a l
organizada por la Soci
Argentina de las victim
200 personas, en su m
voz su desagrado por
los árabes contra la
El presidente de
pretendió entregar a
donde se hace respons
a los países vecinos a
gún funcionario estaba

dio comienzo a un intercambio de insultos: “¿Por qué no se quedan a trabajar en la Argentina? ¡Si nuestro país estuviera en peligro, ustedes no moverían ni un dedo! ¡Y eso que nacieron aquí! ¡Váyanse, pero devuelvan todo lo que les dio esta patria!”.

Como se ha mostrado aquí, la recepción de la guerra de los Seis Días en la Argentina tuvo un impacto considerable. En primer lugar, los sobrevivientes del Holocausto residentes en la Argentina, a través de la organización que los aglutinaba, Sherit Hapleitá, constituyeron uno de los actores que tuvieron una serie de iniciativas vistosas y de reconocimiento público tanto a nivel local como internacional. Estas intervenciones fueron, además, la presentación pública de la organización por fuera de los marcos institucionales de la comunidad judía argentina. En este sentido, resulta significativo el uso de algunos distintivos identificatorios de la condición de víctimas del nazismo –las estrellas de David en las solapas, el traje a rayas–, que permitían reconocerse en el espacio público como actores singulares, portadores de una experiencia diferenciada. A través de estas prácticas, los sobrevivientes reconocen que sus trayectorias como víctimas del nazismo les otorgaban legitimidad para tomar posición en el debate público cuando sienten que la condición judía –en este caso, materializada para los actores en el Estado de Israel– era amenazada.

Bibliografía

- MOSKOVITS, José (2008). *Para que el mundo nos recuerde. A 40 años de la Guerra de los Seis Días*. Buenos Aires: Asociación Israelita de Sobrevivientes de la Persecución Nazi en Argentina.

La inmigración de Europa del Este en la Argentina en el marco de la campaña de repatriación soviética postestalinista (1955-1961)

María Valeria Galván



Vapor Santa Fe, arribando al puerto de Odessa, URSS, con 670 repatriados de Argentina y Uruguay. Julio, 1956. Fuente: Kirkpatrick, E. (ed.) (1957) Year of Crisis. Communist Propaganda Activities in 1956. Macmillan, Nueva York.

Introducción

Desde hace algunos años, la historiografía sobre la Guerra Fría se viene concentrando en analizar a nivel global el impacto del conflicto en la cultura y en la vida de los individuos de diferentes sociedades, no necesariamente involucradas de manera directa en el enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética que marcó gran parte del siglo XX.

Particularmente, en relación con la Argentina, se ha investigado el impacto de la Guerra Fría en las redes de intelectuales locales, en la política partidaria, en la radicalización política de los años sesenta y setenta en algunas expresiones culturales, como el circuito cinéfilo, pero prácticamente nada se ha dicho sobre el impacto en las comunidades de inmigrantes provenientes de territorios que se encontraban detrás de la Cortina de Hierro.

Al igual que al resto de la sociedad argentina, las repercusiones del enfrentamiento entre los dos grandes bloques de poder que habían salido victoriosos de la Segunda Guerra Mundial también afectaron la vida asociativa de los inmigrantes de territorios europeos del Este.

En efecto, en 1955 la Unión Soviética inició una campaña de repatriación que no solo apuntaba a lograr el regreso de los habitantes del territorio de influencia soviética que habían emigrado durante la última guerra, sino que también buscaba contrarrestar los numerosos focos de propaganda anticomunista fomentada por la CIA en las comunidades de inmigrantes europeos del Este en varios países occidentales (Canadá, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Argentina, Uruguay, entre otros). Las estrategias utilizadas por esta campaña propagandística fueron eminentemente disuasivas y apelaron a agentes de inteligencia encubiertos y diseminados por todo el mundo, con el objetivo

principal de mejorar la imagen de la URSS entre las comunidades de emigrados.

Así, siguiendo la tendencia que se había impuesto en la diplomacia cultural soviética luego de la muerte de Stalin en 1953, que tenía que ver con la apertura hacia Occidente y con el mejoramiento de la imagen pública internacional del régimen soviético, el gobierno de la URSS decretó en septiembre de 1955 una amnistía general para todas las personas desplazadas del territorio soviético durante la guerra y la inmediata posguerra. Con esto, comenzaba una diplomacia cultural, específicamente orientada hacia los emigrados en Occidente, cuya adscripción político-ideológica estaba siendo disputada por la CIA. La nueva política fue coronada con la creación del Comité Soviético para el Regreso a la Patria, que rápidamente fue imitado por políticas similares en el resto de los países satélites (Checoslovaquia, Polonia, Bulgaria, etcétera).

Las principales funciones del Comité tenían que ver con la difusión de los alcances de la amnistía decretada poco antes, con la distribución de propaganda escrita (folletería), de un periódico internacional propio, *Para el Retorno a la Patria*, y de una radio, ambos con versiones plurilingües (ruso, rumano, búlgaro, checo, letón, etcétera).

La motivación y la abundancia de recursos con las que esta campaña propagandística contó determinaron su alcance global y su relativo éxito, al momento de contrarrestar la propaganda anticomunista y de removilizar a sus ciudadanos de vuelta a su territorio. Pero, más allá de las consecuencias de la campaña a nivel geopolítico, también alteró la vida cotidiana de los ámbitos de sociabilidad específica y la identidad nacional de los inmigrantes de Europa del Este. En este sentido, este trabajo ofrece una ventana hacia el interior de la sociabi-

lidad y la identidad de estos inmigrantes en la Argentina en las décadas del cincuenta y sesenta y cómo se vio conmovida por la campaña de repatriación soviética.

La campaña de repatriación en la Argentina

Las comunidades de inmigrantes de Europa del Este radicadas en la Argentina eran, a mediados de la década del cincuenta, el resultado de varias olas migratorias. En efecto, desde las primeras décadas del siglo XX, inmigrantes de Bielorrusia, Ucrania, Lituania, Polonia, Ucrania, Rusia y otras naciones del centro-este de Europa comenzaron a instalarse en territorio argentino de manera asistemática. Pese a su lealtad con el territorio de origen, estos inmigrantes se integraron a la sociedad argentina y permanecieron en contacto con sus raíces a través de sociedades de socorros mutuos, iglesias, clubes sociales y deportivos y colegios. Estos ámbitos eran relativamente abiertos por lo que dieron lugar a la integración entre diferentes etnias eslavas que, a partir de compartir los mismos espacios de sociabilidad (escuelas, clubes) y los mismos patrones de asentamiento (en general, se instalaron en áreas industriales del conurbano bonaerense o en zonas de colonización agropecuaria del norte del país), construyeron una suerte de identidad paneslavista de emigrados en la Argentina. Así, sobre esta base, se diseñó la propaganda soviética para los emigrados en la Argentina.

El aparato propagandístico puesto en marcha para las diversas campañas de repatriación hacia territorios comunistas contaba en la Argentina con versiones locales del periódico *Nuestra Patria*, editado en Berlín Oriental. A esta literatura llegaban los inmigrantes de esas

Jeden dzień w porcie szczecińskim

Moja przyjaciół — Wiktor jest zastępcą zarządcy portowego w Szczecinie. Przed paru dniami odwiedziłem go przy pracy, obiecał mi bowiem pokazać, jak wyładuje się statki. Zaprowadził mnie na molo i za chwilę znaleźliśmy się na pokładzie żwiniwej motorówki zarządu portowego. Jechała trwała krótko. Dobiliśmy do dużego frachtowca nie najnowszej konstrukcji. Wiktor zaczął opinać się na pokład, a ja za nim. Spojrzałem na wielki napis na rufie: "Dagenham". A więc z angielską banderą mamy do czynienia — pomyślałem.

— "Dagenham" narobił nam nie ma kłopotu — zauważył Wiktor. Wyobraź sobie, kapitan zawinął do naszego portu na trzy dni przed zapowiedzianym przez siebie terminem! Mimo to wyładujemy go już jutro.

Nie czekając na moją odpowiedź, Wiktor szybkim krokiem skierował się do kajuty kapitana. Kajuta urządziła była trochę staromodnie, z oryginalnym typowo angielskim kuminkiem.

— "Crosby" — przedstawił się kapitan. Ciężko wysłuchał Wiktora i z widocznym zdowoleniem powiedział, że gdy zobaczył taki ruch paruje w naszym porcie, sądził, że dłuższy przyjdzie mu czekać na wyładunek.

Przy okazji chciałem wyjaśnić,

że tutaj w Szczecinie stosuje się tak zwany szybkościowy system przeładunku. Po otrzymaniu rozładunku, że w tym a tym dniu frachtowiec zawinie do portu — wszystko jest gotowe. Czekają na niego nie tylko pilot i celnik, ale również brygada portowa oraz wszyscy, którzy potrzebni są przy załadunku lub wyładunku statku.

Bezpośrednio po przycumowaniu, na frachtowcu rozpoczynają się gorączkowy ruch i w rekordowym wprost tempie wszystko jest załatwione. W ten sposób statek oszczędza dużo czasu, a zarząd portowy dowolnie dysponować może siłą roboczą. Zwiększa się również dochód wszystkich zainteresowanych stron.

Im szybciej bowiem statek może rozpocząć nowy rejs, tym więcej przewiezie frachtów.

Obowiązuje tu jednak jeden warunek. Niezależnie jaką flagą legitymuje się statek, musi być punktualny. To znaczy nie może się ani spóźnić, ani też przyjechać na wczesnie, ponieważ i w jednym i w drugim wypadku znaszony jest czekać na brygady portowe, a bezrobotnych, jak wiadomo w polskich portach nie ma.

Siedzieliśmy vis-a-vis kapitana Crosby.

— "Do you like Szczecin?" — spytałem.

Kapitan Crosby pokręcił głową

i odpowiedział. Wypowiedział swoją służbę pilotową nadbrzeża. Znaki jego portowy w pierwszorzędnie. Macie doskonałe, urządzenia przeładunkowe tutaj drugi raz i się, że za trzech tygodni znów zostanie otoczony systemem, szybko.

Pozegnaliśmy się z Crosby. Wskoczyliśmy do motorówki przycumowaliśmy do dużego frachtowca nazwanego "Jons Stove", tonowy Norweg wyładuje drobnicę, którą przewoził w charterze. Coraz więcej tych kół "Liberty" krąży do portów.

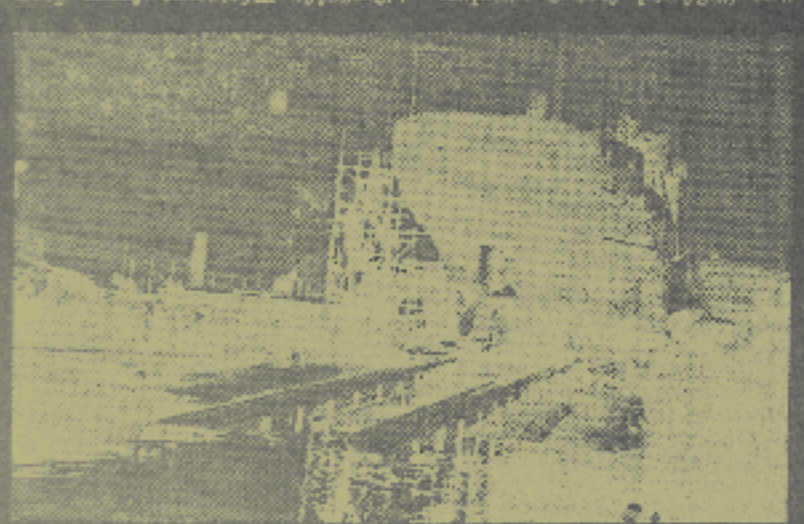
— No tak "Jons Stove" nie należy do motorówek... zgodził się ze mną Crosby miał rację. W bry stan naszego kraju, daleki czemu większe statki mogą Szczecina... O, — okropny, jak "Pomarańcza" pokazuje. Już po chwili przysiadłem, mowi, na którego rufie była duża flaga. Naprawdę wyglądał ten w ławie o pojemności. Wyładowywał właśnie datelich Indii dla Czech. Po wyładowaniu porożem przez Polskę, może przeznaczenia.

W porcie węglowym było rozmawiać, bo warty przeładunkowe, w którym jadownym pracowały równocześnie przerwy. W drodze po neliśmy jeszcze frachtownie - niemiecki "Volmers".

— To też nasz statek Wiktor wskazywał statek Armator tego frachtowca Ruge z Hamburga, który telegraficznie nam za szybki załadunek swego statku.

Po chwili siedzieliśmy przy biurku Wiktora. Zadzwoń. Zarząd portowy donosi, że przyjechał ten z bawijną... Gdzie cumować?

Wiktor ledwo zdążył słuchawkę na widok wu odzwalił się dzwonić.



W stoczni szczecińskiej wędowano kadłub nowego tudawęglowca "Malbork". Budowa nowego kadłuba zakończona została w czasie o 59 proc. krótszym niż budowa pierwszego kadłuba w tej samej stoczni. Na zdjęciu "Malbork" na pochylu w chwili przed wędowaniem.

comunidades en los clubes argentinos, a los cuales concurrían asiduamente. De estos, los más populares eran los rusos y bielorrusos, que también atraían a descendientes de polacos y otras nacionalidades eslavas (me refiero al club Vissarion Belinski, el centro cultural y deportivo Ostrovsky, el centro Pushkin, el centro Maiakovsky). En este sentido, las acciones de inteligencia comunista destinadas a lograr la repatriación de ciudadanos se valieron en la Argentina de estructuras preexistentes: no solo el paneslavismo, sino también la práctica de nucleamiento comunitario.

Específicamente esta última tuvo siempre el objetivo de organizar la sociabilidad e integración de los inmigrantes de Europa del Este, así como también el anclaje con sus raíces culturales. Pero con el inicio de las campañas de repatriación, las prácticas y objetivos del asociacionismo étnico variaron. En efecto, los clubes y organizaciones eslavas que ya existían en el país desde comienzos de siglo eran profundamente anticomunistas. Sin embargo, en la década del cincuenta comenzaron a aparecer organizaciones prosoviéticas. Así, mientras que algunos de los clubes, aparentemente independientes de la embajada de la URSS y del Partido Comunista, se habían formado pocos años antes de la creación del Comité Soviético por la Repatriación (el primero de ellos fue el club Belinski, fundado en 1953), otros se fundaron algunos años después. Es decir que, en el período circundante al inicio de la campaña de repatriación, estas organizaciones aparecieron para cumplir con el rol de agencia propagandística en pos de la removilización de ciudadanos hacia territorio soviético.

Los asiduos asistentes a dichos clubes, además de tener acceso ahí a los periódicos de diversos comités comunistas de repatriación, también recibían cartas de familiares que vivían en la URSS. Esta es-

trategia, implementada también en otros países occidentales, fue altamente efectiva para restablecer la conexión emocional de los inmigrantes con el territorio de origen por intermedio de los vínculos de sangre. Sin embargo, el éxito de las metodologías propagandísticas implementadas por los clubes étnicos para lograr la repatriación no se puede reducir a la difusión de cartas o periódicos.

En efecto, fue la dinámica propia de la vida asociativa que se desarrollaba en estos clubes la que jugó un rol decisivo para el fortalecimiento de los vínculos culturales y emocionales con la “madre patria” que llevaron, en última instancia, a optar por la repatriación. Así, en el día a día de la vida en el club, la lealtad al país de recepción (Argentina) fue puesta en cuestión frente a la renovación del vínculo emotivo con el territorio de origen (Ucrania, Lituania, etcétera), zonas que en ese momento pertenecían a la supranación, URSS. En este sentido, los relatos de repatriados argentinos muestran una tensión entre dos nacionalidades: la argentina y la soviética.

Todos los testimonios individuales apelan a una identidad nacional indefinida, mezclada con expresiones de una importante carga emocional, como familia, sangre, tradición, cotidianidad, etcétera. La confusión que la experiencia de repatriación generó en las subjetividades de los emigrados fue, probablemente, influida por el hecho de que la campaña afectó principalmente a los descendientes de la primera ola migratoria (ocurrida inmediatamente después de la Revolución rusa), que en la mayoría de los casos eran nacidos en suelo argentino e incluso hijos de matrimonios interétnicos. Esta particularidad del caso de los repatriados argentinos influyó en el rol que el comité soviético de repatriación otorgó a las asociaciones de inmigrantes.

Los clubes de inmigrantes en la Argentina siempre se habían encargado de la integración de sus miembros a la sociedad local, pero también fueron responsables de mantener los vínculos con las respectivas culturas de origen, conservando la actualidad de sus idiomas, tradiciones y valores religiosos. De esta manera, se buscó la insinuación sutil de la nacionalidad en la vida cotidiana en relación con la “nueva” nación soviética a través de la incorporación de rituales y festejos grupales para Navidad o efemérides soviéticas como la Gran Guerra Patria, a partir de clases de bailes típicos, de la enseñanza del idioma ruso o de cocina étnica. Incluso en algunos de los clubes, sus miembros se juntaban a escuchar las últimas noticias de la URSS. Así, en esos ámbitos se difundió una retórica nacionalista embebida en valores familiares y actualidad cultural soviética que aparecía de manera naturalizada en las actividades diarias de estos clubes. En este sentido, en esta vida societaria se difundía la idea de una comunión con los antepasados y otros individuos con similares trayectorias de desarraigo, a través de, por un lado, la idealización de un territorio que estaba distante (y que muchos no habían pisado nunca) y, por otro, a través de una ideología política.

En síntesis, a partir del impulso (subvencionado por la URSS) para la construcción de un nacionalismo banal en los ámbitos de sociabilidad mencionados, ciertos miembros de los clubes se vieron efectivamente motivados para participar de manera activa en la defensa de esta nueva supranación con la que se identificaban: la URSS.

El Estado argentino estaba al tanto del adoctrinamiento en estas asociaciones, donde, según sostenían los informes de inteligencia de la época, se desarrollaba una actividad ideológica que se dirigió primero a exaltar en su auditorio los sentimientos nacionalistas y luego a tratar de

sembrar el descontento entre los trabajadores, oponiendo un supuesto estado ideal de alto nivel de vida en la URSS a la realidad proletaria de los concurrentes a dichos clubes, intencionalmente desfigurada y denigrada, con el fin de lograr, en última instancia, el reclutamiento.

Pero ¿cómo fue que el Estado argentino comenzó a ocuparse de esta propaganda en pos de la repatriación? A partir de 1956 comenzaron a inundar las oficinas de la embajada argentina en Moscú pedidos de ciudadanos argentinos que habían emigrado voluntariamente a la URSS a causa de la propaganda comunista y que, decepcionados con las condiciones de vida encontradas en el nuevo país, que en todos los casos implicaba una pauperización de la situación económica y social de la que gozaban en la Argentina, querían volver a su “verdadera patria, la Argentina”.

En efecto, la campaña de repatriación en la Argentina había sido exitosa y, rápidamente, se hizo conocida en todo el mundo. Según los informes de Cancillería, alrededor de 1160 argentinos habían solicitado la repatriación en 1959. Pero la contracara de este triunfo de la propaganda comunista se vio rápidamente.

La gran mayoría de estas solicitudes fueron denegadas del lado soviético y, al ser casos de individuos que habían renunciado a la ciudadanía argentina al ingresar a la URSS, el gobierno argentino no pudo hacer mucho por ellos como casos individuales. Sin embargo, si bien las repatriaciones de inmigrantes de Europa del Este en la Argentina tuvieron un desenlace poco feliz en las historias de vida de los repatriados, repercutieron en gran medida en la exacerbación de las políticas anticomunistas de los gobiernos argentinos del momento y en el resentimiento de las relaciones diplomáticas con los países detrás de la Cortina de Hierro, en general.

Pero más allá de estas consecuencias en las relaciones entre los Estados y de un evidente recrudecimiento del anticomunismo estatal, volviendo al plano de las subjetividades de los repatriados, emerge la pregunta acerca de cómo se explica la decisión de renunciar a la ciudadanía argentina y emprender el viaje hacia Odessa, el principal puerto de arribo de los repatriados de fines de los años cincuenta. ¿Qué elementos específicos de la propaganda comunista para la repatriación interpelaron a individuos argentinos que ya se hallaban integrados a la sociedad de recepción en un grado alto?

Lejos de pretender responder de manera cerrada estas cuestiones, quizás contribuya a su esclarecimiento futuro recordar que las lealtades simbólicas de las comunidades de inmigrantes respecto de una patria o de otra son, ante todo, dinámicas y, en este sentido, en el contexto de la posguerra, las comunidades de inmigrantes del Este en la Argentina se vieron verdaderamente movilizadas por la apelación nacionalista de sus clubes de referencia, que decían encarnar la voz de una “patria nueva” construida sobre las ruinas de territorios con fronteras nacionales volátiles como las del ex Imperio austrohúngaro, Prusia o el Imperio de los zares y que, desde ese lugar, los convocaba a defender la nueva “nación soviética”, que prometía abrigharlos.

Las repatriaciones de la Argentina hacia la URSS que se basaron en la convocatoria para defender la patria de los antepasados fueron un éxito en el corto plazo. Es que, aun cuando los inmigrantes del Este se encontraban integrados en la sociedad argentina, sus principales espacios de sociabilidad todavía estaban vinculados con sus regiones de origen. Por este motivo, las organizaciones de las colectividades en la Argentina desempeñaron un rol fundamental en la movilización de ciudadanos argentinos para la defensa de una nación

que estaba en plena construcción, sobre las ruinas de los países de sus antepasados.

Más allá de asociaciones banales con los valores familiares, el llamado a trabajar en la construcción de esta patria nueva pretendió no solo minar la ya alcanzada identidad nacional argentina, sino que, en el marco de la proliferación de focos anticomunistas en las comunidades de inmigrantes del Este, buscó movilizar a los inmigrantes en defensa del comunismo.

Este proceso no solo repercutió en el plano de la política –resintiendo, por un lado, las relaciones de la Argentina con el bloque comunista y, por otro, exacerbando el anticomunismo interno–, sino también en las subjetividades de los repatriados, cuyo sentimiento de pertenencia a una nación en particular quedó lacerado durante generaciones.

Bibliografía

- CALANDRA, Benedetta y FRANCO, Marina (2012). *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*. Buenos Aires: Biblos.
- DEVOTO, Fernando (2003). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- MIKKONEN, Simo (2013). "Not by force alone: Soviet return migration in the 1950s". En Gemie Sharif, Scott Soo, et al. (eds.), *Coming Home? Vol. 1: Conflict and Return Migration in the Aftermath of Europe's Twentieth-Century Civil Wars*. Cambridge Scholars Publishing.
- ROBERTS, Glenna y Cipko, Serge (2008). *One-Way Ticket: The Soviet Return-to-the-Homeland Campaign, 1955-1960*. Penumbra Press.
- ZALKALNS, Lilita (2014). *Back to the Motherland: Repatriation and Latvian Émigrés 1955-1958*. Doctoral dissertation, Department of Baltic Languages, Finnish and German, Stockholm University.

Refugiados en el mundo

Refugio en la Argentina

Pamela V. Morales



Desde fines del siglo XIX, la existencia de refugiados cobró relevancia en la comunidad internacional. Sin embargo, en los últimos años, las preguntas por quiénes son, de dónde vienen y cómo viven surgen con mayor frecuencia.

Según cifras del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), hay 65,3 millones personas desplazadas forzadamente. Actualmente son tres países los que expulsan a la mitad de ellas: Siria con 4,9 millones, Afganistán con 2,7 millones y Somalia con 1,1 millones. Como contracara de esta situación, solo dos países reciben la mayor cantidad de refugiados en el mundo: Turquía y Líbano.

Ahora bien, también podemos encontrar refugiados en la Argentina. De acuerdo con las estadísticas de la Comisión Nacional para los Refugiados (CONARE), hay 3.386 personas reconocidas por el Estado argentino y hay más de 10.000 solicitantes de refugio.

En términos generales, la comunidad actual desconoce la problemática de los refugiados o solo la vincula con aquellas imágenes de campos de refugiados en África o Medio Oriente o barcos repletos de migrantes que intentan entrar a Europa.

Sin embargo, el refugio como protección jurídica internacional fue delineado en 1951; ya pasaron más de 65 años desde aquel momento y aún hoy los conflictos o situaciones que producen dichos desplazamientos siguen siendo materia de reflexión y análisis.

Dicha protección internacional surgió para dar respuesta a los acontecimientos ocurridos durante el nazismo y el período de entreguerras. Pero actualmente se vuelve a poner en entredicho el rol de la comunidad mundial y de las grandes potencias para dar respuesta a la movilidad de las personas y los procesos de exclusión y violencia que las ocasionan.

Además de las guerras y conflictos armados –tradicionales causantes de desplazamiento forzado– son las violaciones sistemáticas de derechos humanos, las catástrofes naturales como consecuencia del cambio climático y las políticas económicas implementadas por los gobiernos que generan situaciones de pobreza extrema, las causas que hoy ponen en cuestión el rol del Estado para brindar la protección del refugio.

La Convención de Ginebra de 1951: la institución jurídica del refugiado

Con alrededor de un millón y medio de refugiados en toda Europa y luego de acabada la Segunda Guerra Mundial, se adoptó en 1951 la principal base legal sobre la que se construyó la protección de los refugiados. La conciencia mundial sobre la necesidad de unificar criterios respecto a los parámetros mínimos de protección y establecer un estatuto jurídico común que diera una respuesta uniforme sobre quién es un refugiado, cuáles son sus derechos y cuál es la responsabilidad de los Estados, dio lugar a la elaboración de la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados y su posterior Protocolo (1967).

De esta manera, se convirtieron en refugiados reconocidos jurídicamente todos aquellos que habían sido desplazados debido a los acontecimientos ocurridos en Europa antes de 1951. La importancia de la Convención radicaba en ser el único instrumento vinculante, con carácter universal, que se transformó en la primera normativa que instauró un sistema general de protección en el marco de las Naciones Unidas y que marcó un hito en el surgimiento de una voluntad global de encarar este problema. En 1967, a través del Protocolo



del Estatuto de los Refugiados, se levanta la restricción temporal y geográfica para extender el ámbito de aplicación del refugio ya que se había pensado solo para las víctimas de las políticas de desnacionalización, persecución y exterminio del período de entreguerras en Europa.

Ahora bien, ¿qué implica ser un refugiado y tener la protección de un Estado? Según la Convención, un refugiado es “aquella persona que huye de países donde su vida o su libertad se encuentran amenazadas por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas y no puede gozar de protección estatal en su país de origen o de residencia habitual”.

Para llevar adelante la protección, por un lado, cada Estado determina para sí los mecanismos institucionales en función de sus tradiciones locales y recursos y, por otro lado, cada individuo debe solicitar el Estatuto de Refugiado a través de determinados procedimientos administrativos y, además, comprobar de manera fiel, convincente y fehaciente los temores que fundan su pedido debiendo atravesar diferentes obstáculos políticos, sociales, culturales y económicos para finalmente obtener el Estatuto de refugiado.

La Argentina y sus refugiados

Nuestro país se encuentra atravesado por el fenómeno migratorio. Luego de ser durante varios años un país que expulsaba a sus ciudadanos –principalmente, durante la última dictadura cívico-militar–, se consolidó como un referente y abanderado en derechos humanos a nivel jurídico-normativo al producir una diversidad de normas que reflejaran su adhesión a los estándares internacionales en la materia.

Actualmente, la Argentina es uno de los países latinoamericanos con mayor número de refugiados y se ubica por debajo de Brasil como país de mayor acogida de personas con necesidades de protección internacional. Entre las razones por las cuales los solicitantes de asilo y refugiados vienen a la Argentina se encuentran: la inexistencia de conflictos armados en el interior del país y el “consejo” de aquellos miembros de la comunidad del mismo lugar de origen que han llegado antes y ya han tenido la posibilidad de establecerse en el país. También, para aquellos que llegaron antes de 2001, el “esplendor económico” era otro motivo para instalarse. Pero siempre prevalece una causa importante: la facilidad para el ingreso y la permanencia, más que un conocimiento previo del país.

Entre los primeros refugiados reconocidos se registra a los uruguayos durante la primera década del siglo XX debido a la guerra civil, a quienes escaparon de la Primera Guerra Mundial, de la Revolución Bolchevique, de la Guerra Civil española y, claramente, a los desplazados de la Segunda Guerra Mundial. Ya entrado el siglo XXI encontramos a aquellas personas que escaparon de conflictos armados como los de Colombia, Senegal, Nigeria, Sierra Leona, Perú, Rumania y Armenia, entre otros.

Con la recuperación de la democracia en 1983, se inicia una etapa de consolidación de la protección del refugiado en el país con la creación del Comité de Elegibilidad para Refugiados (CEPARE) en 1984, que era el organismo oficial para otorgar el Estatuto de refugiado. Años más tarde y a partir de ciertas políticas públicas vinculadas a la protección y promoción de los derechos humanos en el país, impulsadas por el gobierno del ex presidente Néstor Kirchner, la Argentina logra tener una ley de refugio a nivel nacional. El espíritu de dicha ley

se enmarcó dentro de un importante cambio normativo en materia de migración.

En 2003 se sancionó una nueva ley de migración que, dejando atrás la llamada “Ley Videla”, incorporó el ámbito regional y la perspectiva de derechos humanos. En 2010 se reglamentó dicha normativa y se estableció el derecho de los refugiados a obtener una residencia definitiva en el país contemplando la residencia transitoria para personas afectadas por desastres naturales o ambientales así como también para personas apátridas.

Es necesario aclarar que, en comparación con los países europeos, la Argentina no recibe grandes cantidades de refugiados. Pero, más allá de la diferencia numérica existente, en términos jurídico-normativos, la Argentina es uno de los pocos países en los que los solicitantes de refugio y los refugiados tienen acceso a los derechos económicos, sociales y culturales como cualquier ciudadano, según lo establecido en la Constitución Nacional: los extranjeros, como cualquier persona que quiera habitar suelo argentino, gozarán de los mismos derechos civiles que sus habitantes (Constitución Nacional, art. 20).

En 2009 el CEPARE fue reemplazado por la CONARE en el ámbito del Ministerio del Interior. La importancia de la CONARE es su conformación interministerial –ministerios de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, Justicia y Derechos Humanos, Desarrollo Social y el Instituto Nacional Contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI)– que permite reunir a todos los actores involucrados en el proceso de resolución de los casos e incluir los diferentes enfoques dentro de la gestión pública.

La Argentina no tuvo un desarrollo semejante a la hora de implementar políticas públicas concretas que estén en sintonía con el avan-

ce normativo alcanzado. Entre las políticas de los últimos 15 años se destacan el Programa Patria Grande, cuyo objetivo fue la regularización migratoria y la inserción e integración de los extranjeros nativos de los Estados miembros del Mercosur y sus Estados asociados, y el Programa Siria, que desde octubre de 2014 intenta traer a refugiados sirios a través de un proceso de visado ágil.

A esta falta de políticas estatales se suma la tercerización de la protección por parte del Estado a otras organizaciones, como el ACNUR, la Fundación Comisión Católica Argentina para las Migraciones (FCCAM) y la asociación Migrantes y Refugiados en Argentina (MyRAR), que ayudan a los refugiados y solicitantes en temas de asistencia legal y búsqueda laboral. Esta situación, más los obstáculos culturales y lingüísticos que deben enfrentar los recién llegados, ha fomentado la discriminación y, en algunos casos, la exclusión de los refugiados en nuestra sociedad.

Más allá de la escasez de políticas enfocadas a la inclusión integral de los refugiados, tampoco existía en la Argentina –hasta ese momento– una política destinada al control migratorio a través de la exclusión, expulsión o reclutamiento de los migrantes.

A modo de reflexión

Más allá de los diferentes lugares de origen de los que provienen los solicitantes de asilo y refugiados, y de los diversos conflictos que ocasiona su desplazamiento, todos traen consigo una historia de persecución y huida.

Al huir de sus países de origen, aun haciendo uso de documentos que los identifican con una nacionalidad, estos individuos no pueden

ser considerados ciudadanos de sus Estados de origen ya que la demanda del Estatuto de refugiado supone que sus gobiernos no pueden brindarles dicha protección.

Efímero, precario, incierto: son algunas de las palabras que nos ayudan a hacer visible la situación de los refugiados en estos días.

Así, el viaje que emprenden las personas que buscan refugio representa la inadecuación, pérdida y un intento por escapar de la situación amenazante. Al llegar e instalarse en un nuevo lugar, el refugiado debería poder incluirse cultural, social, económica y políticamente a la comunidad que lo recibe. Sin embargo, hoy en nuestro mundo globalizado dicha inclusión no es asegurada por ningún Estado.



Acerca de los autores

Edgardo Cozarinsky

Escritor y cineasta. Entre sus libros de ficción: *La novia de Odessa*, *El rufián moldavo*, *Lejos de dónde*, *Dark*, *En el último trago nos vamos*. Ensayos: *El pase del testigo*, *Blues*, *Disparos en la oscuridad*. Entre sus films: *La guerre d'un seul homme*, *Citizen Langlois*, *Le Violon de Rothschild*, *Ronda nocturna*, *Carta a un padre*. Su obra mereció, entre otros premios, el de la Academia Argentina de Letras por su novela *Lejos de dónde* y el del Fondo Nacional de las Artes a la trayectoria. Después de tres décadas vividas en Europa, hoy está instalado en Buenos Aires, su ciudad natal.

Paloma Dulbecco

Licenciada en Ciencia Política, Universidad de Buenos Aires (UBA). Maestranda de la Maestría en Relaciones Internacionales Europa-América Latina, Universidad de Bolonia. Becaria doctoral (2017-2022) del Conicet, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Docente en la materia Aporte de la Teoría del Género al Análisis de lo Social en la carrera de Sociología (UBA). Desde el año 2013 trabaja sobre temáticas de política, género, sexualidad, religión y consumo de drogas.

Ruy Farías

Profesor de Enseñanza Media y Superior en Historia (Universidad de Buenos Aires) y doctor en Historia (Universidad de Santiago de Compostela). Investigador Adjunto del Conicet con sede de trabajo en la Universidad Nacional de San Martín, donde se desempeña también como docente de la Licenciatura en Historia. Colabora con el Museo de la Emigración Gallega en la Argentina. Su principal área de interés son las migraciones y exilios españoles en la Argentina.

María Valeria Galván

Doctora en Historia (UNLP), magíster en Sociología de la Cultura (IDAES-UNSAM) y licenciada en Sociología (UBA). Investigadora del Conicet en el Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani (UBA) y coordinadora del Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra en el mismo instituto. Ha publicado varios artículos y libros sobre el nacionalismo argentino durante los años sesenta y últimamente investiga el impacto de la Guerra Fría en la sociedad y cultura argentinas, en el mismo período.

Emmanuel N. Kahan

Doctor en Historia, magíster en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata e investigador adjunto del Conicet. Es profesor de Teoría Política en la Universidad Nacional de La Plata y coordinador del Núcleo de Estudios Judíos con sede en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (NEJ-IDES). Entre sus libros: *Marginados y consagrados. Nuevos Estudios sobre la vida judía en Argentina* (Lumiere, 2011); *Formas políticas de conmemorar el pasado* (Ceraunia, 2014); *Recuerdos que mienten un poco. Vida y memoria de la experiencia judía durante la última dictadura militar* (Prometeo, 2015) e *Israel-Palestina: una pasión argentina. Estudios sobre la recepción del conflicto árabe-israelí en Argentina* (Prometeo, 2016). Ha recibido el Best Dissertation Award entregado en Texas University (Austin) y, en 2015, el Premio a la Labor Científica por la Universidad Nacional de La Plata.

Paola Monkevicius

Licenciada en Ciencias Antropológicas (Universidad de Buenos Aires) y doctora en Ciencias Naturales (Universidad Nacional de La Plata). Es investigadora de

carrera del Conicet y docente en la Universidad Nacional de La Plata. Es autora de *Memorias del origen. Sentidos del pasado y delimitación étnica en la comunidad lituana de la Argentina* y de numerosos artículos y ponencias sobre la temática de afrodescendientes e inmigrantes africanos.

Pamela V. Morales

Doctora en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires) y en Filosofía (Université Paris VIII). Licenciada en Ciencia Política (UBA). Investigadora del Centro de Estudios sobre Genocidio de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Profesora de la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado trabajos sobre ciudadanía, migraciones internacionales y derechos humanos.

Barbara Raiter

Profesora de Historia egresada de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigadora docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento y docente de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Sus investigaciones se orientan a los problemas de la construcción de la ciudadanía y la nacionalidad entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Ha publicado artículos en revistas nacionales e internacionales.

Andrés Regalsky

Graduado en Historia en la Universidad de Buenos Aires y doctor por la Universidad de París I (Pantheon-Sorbonne). Es profesor de la Universidad Nacional de Tres de Febrero y de la Universidad Nacional de Luján, e investigador principal del Conicet. Ha sido presidente de la Asociación Argentina de Historia Económica y es autor de numerosos artículos, ponencias y libros sobre temas de su especialidad, historia económica y financiera, así como evaluador para diversas revistas internacionales.

Vanessa Rodriguez

Profesora de Historia y maestranda en Ciencias Sociales con mención en Historia Social por la Universidad Nacional de Luján (UNLu). En el año 2008 participó del programa “Jóvenes de Intercambio México-Argentina” entre la Universidad de Guadalajara (UdeG) y la UNLu. Es becaria PROFOR para realizar estudios de posgrado. Ejerce la docencia en los niveles medio y superior en establecimientos del partido de Tres de Febrero. Actualmente se desempeña como docente de la asignatura Perspectiva Espacio Temporal en las carreras de Profesorado en Historia y Profesorado en Geografía, en el Instituto Superior Padre Elizalde.

Eugenia Scarzanella

Ha sido profesora de Historia de América Latina en la Universidad de Bolonia (Italia). Es autora de numerosos artículos y libros sobre la historia de la inmigración italiana en la Argentina. Entre sus libros traducidos al español: *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en Argentina* (Universidad Nacional de Quilmes, 2003); *Fascistas en América del Sur* (compiladora, Fondo de Cultura Económica, 2007) y *Abril. Un editor italiano en Buenos Aires de Perón a Videla* (Fondo de Cultura Económica, 2016).

María Inés Tato

Doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se desempeña como Investigadora del Conicet en el Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, donde coordina el Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra (GEHiGue), y como docente en la UBA. Se especializa en el estudio del impacto social y cultural de la Primera Guerra Mundial en la Argentina.

MUSEO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO

MUSEO DE LA INMIGRACIÓN SEDE HOTEL DE INMIGRANTES

DIRECCIÓN

Aníbal Y. Jozami

SUBDIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN Y CURADURÍA

Diana B. Wechsler

INVESTIGACIÓN Y PRODUCCIÓN DE CONTENIDOS

Marcelo Huernos

EDICIÓN

AUTORES

Edgardo Cozarinsky

Paloma Dulbecco

Ruy Fariás

María Valeria Galván

Marcelo Huernos

Emmanuel N. Kahan

Paola Monkevicius

Pamela V. Morales

Bárbara Raiter

Andrés Regalsky

Vanesa Rodríguez

Eugenia Scarzanella

María Inés Tato

DIRECCIÓN DE DISEÑO EDITORIAL Y GRÁFICO

Marina Rainis

DISEÑO

Marina Rainis

COORDINACIÓN EDITORIAL

Florencia Incarbone

CORRECCIÓN

Gabriela Laster

COORDINACIÓN Y PRODUCCIÓN GRÁFICA

Marcelo Tealdi

IMPRESIÓN

El equipo editorial ha realizado las gestiones necesarias para localizar a todos los derechohabientes de las fotografías reproducidas en este libro. Pedimos disculpas por cualquier omisión o error involuntarios y nos ofrecemos a hacer las aclaraciones necesarias en próximas ediciones.

© UNTREF (Universidad Nacional de Tres de Febrero) para EDUNTREF (Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero). Reservados todos los derechos de esta edición para Eduntref (UNTREF), Mosconi 2736, Sáenz Peña, Provincia de Buenos Aires.

www.untref.edu.ar

Primera edición agosto de 2019.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Impreso en la Argentina.